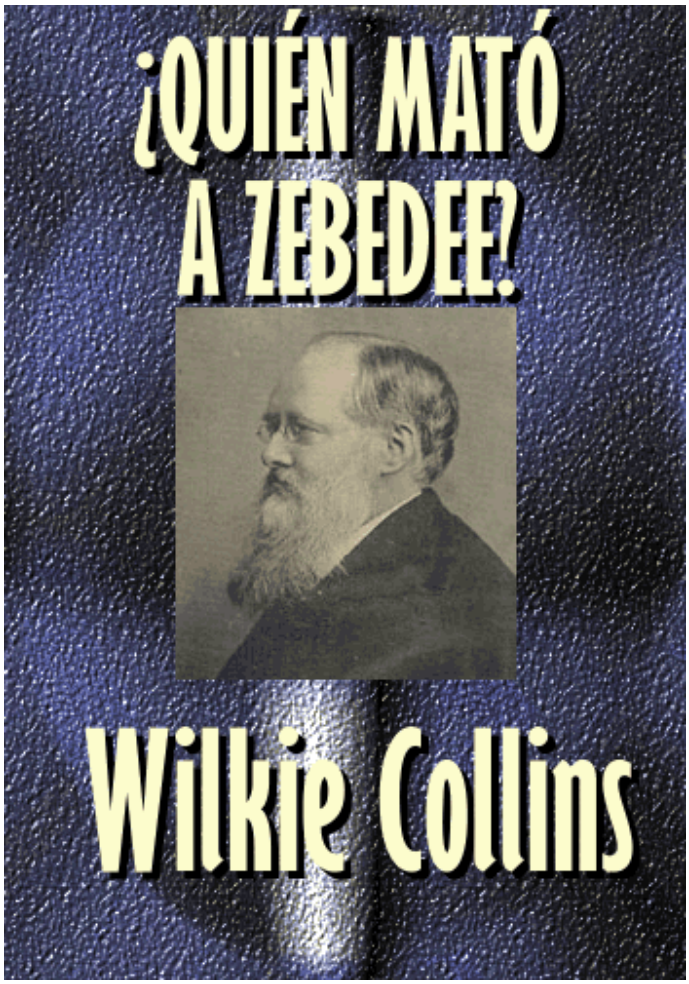
LIBRO dot.com

¿QUIÉN MATÓ A ZEBEDEE?

Wilkie Collins



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

UNAS PAZLABRAS PREVIAS SOBRE MÍ MISMO

Antes de que el médico se marchara una mañana, le pregunté cuánto tiempo iba a vivir. Me respondió: «No resulta fácil decirlo; puede morir usted antes de que vuelva a verle por la mañana, o puede vivir hasta finales de mes».

A la mañana siguiente, todavía vivía lo suficiente como para pensar en las necesidades de mi alma, de modo que (puesto que soy miembro de la Iglesia Católica Romana) mandé llamar a un sacerdote.

La historia de mis pecados, relatada en confesión, incluía el abandono culpable de mi deber hacia las leyes de mi país. En opinión del sacerdote —y yo estuve de acuerdo con él— tenía la obligación moral de reconocer públicamente mi falta, como un acto de penitencia digno de un inglés católico. Llegamos así a establecer un reparto del trabajo. Yo relaté las circunstancias, mientras que su reverencia tomó la pluma y puso las cosas sobre el papel.

Éste es el resultado:

I

Cuando era un joven de veinticinco años, me convertí en miembro de las fuerzas de policía de Londres. Tras casi dos años de experiencia en la responsabilidad de los mal pagados deberes de esa vocación, me encontré dedicado a mi primer grave y terrible caso de investigación oficial, relacionado nada menos que con un delito de asesinato.

Las circunstancias fueron las siguientes: Por aquel entonces yo estaba destinado a una comisaría del distrito norte de Londres, que pido permiso para no mencionar más particularmente. Un cierto lunes inicié mi turno de noche. A las cuatro de la madrugada no había ocurrido nada digno de mención en la comisaría. Era primavera y, entre el gas y el fuego, la habitación se puso bastante calurosa. Fui a la puerta para respirar un poco de aire fresco, ante la sorpresa de nuestro inspector de servicio, que era de por sí un hombre friolero. Caía una fina llovizna, y la fuerte humedad del aire me envió de vuelta al lado del fuego. No creo que llevara sentado allí más de un minuto cuando empujaron con fuerza la puerta giratoria. Una mujer frenética entró dando un grito y preguntando:

—¿Es esto la comisaría?

Nuestro inspector (por lo demás un magnífico agente) tenía, por alguna perversidad de la naturaleza, un temperamento más bien acalorado en su friolera constitución.

—¿Por qué, benditas sean las mujeres, no ve usted que lo es? —dijo—. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Asesinato es lo que ocurre! —restalló ella—. Por el amor de Dios, vengan conmigo. Es en la pensión de la señora Crosscapel, en el número catorce de la calle Lehigh. ¡Una joven ha asesinado a su esposo por la noche! Con un cuchillo, señor. Dice que cree que lo hizo dormida.

Confieso que aquello me sobresaltó; y el tercer hombre de servicio (un sargento) pareció sentir lo mismo también. La mujer era hermosa, incluso en su aterrada expresión, recién salida de la cama, con las ropas desarregladas. Por aquellos días me gustaban las mujeres altas, y ella era, como dicen, de mi estilo. Adelanté una silla para que se sentara, y el sargento removió el fuego. En cuanto al inspector, nada le alteraba. La interrogó tan fríamente como si se tratara de un insignificante caso de robo.

—¿Ha visto usted al hombre asesinado? —preguntó.

—No, señor.

—¿O a la esposa?

—No, señor. No me atreví a ir a la habitación; ¡sólo lo oí!

—¡Oh! ¿Y quién es usted? ¿Una de las dientas de la pensión?

—No, señor. Soy la cocinera.

—¿El dueño no está en la casa?

—Sí, señor. Está tan asustado que no da pie con bola. Y la doncella ha ido en busca del médico. Todo recae en los pobres empleados, por supuesto. ¡Oh!, ¿por qué pondría el pie en esa horrible casa?

La pobre mujer estalló en lágrimas y se estremeció de pies a cabeza. El inspector tomó nota de sus afirmaciones, luego le pidió que las leyera y firmara con su nombre. El objetivo de todo aquello era permitirle acercarse a ella lo suficiente como para tener la oportunidad de oler su aliento.

—Cuando la gente hace afirmaciones tan extraordinarias —me dijo más tarde—, a veces te ahorra problemas comprobar que no están borrachos. También he conocido algunos que están locos, pero no a menudo. A esos los identificas generalmente por sus ojos.

La mujer se levantó y firmó con su nombre, «Priscilla Thurlby». La prueba del inspector demostró que estaba sobria; y sus ojos —de un hermoso color azul claro, cálidos y agradables, sin duda cuando no miraban con miedo, y ahora, rojos por las lágrimas— le ratificaron (supuse) que no estaba loca. Me adjudicó el caso en primera instancia. Vi que no creía nada de aquello, ni siquiera entonces.

—Vaya con ella a la casa —me dijo—. Puede que sea una estúpida broma, o una pelea exagerada. Compruébelo por usted mismo, y escuche lo que dice el médico. Si es serio, avise directamente aquí y no deje entrar a nadie en el lugar o marcharse de él hasta que lleguemos. ¡Espere! ¿Sabe la fórmula para cualquier declaración voluntaria?

—Sí, señor. Tengo que advertir a la persona que cualquier cosa que diga será registrada y puede ser empleada en su contra.

—Muy bien. Uno de estos días van a nombrarle inspector. ¡Ahora,

señorita...!

Y con eso dejó a la mujer a mi cuidado. La calle Lehigh no estaba muy lejos, unos veinte minutos a pie desde la comisaría. Confieso que pensé que el inspector había sido más bien duro con Priscilla. Ella estaba, por supuesto, furiosa con él.

—¿Qué ha querido dar a entender —exclamó— cuando ha hablado de una broma? Me gustaría que estuviera tan asustado como lo estoy yo. Ésta es la primera vez que sirvo en una casa, señor, y no creo haber hallado un lugar respetable.

Le hablé muy poco por el camino, debido en buena parte a que, la verdad sea dicha, me sentía más bien ansioso por la tarea que me había sido encomendada. Cuando alcancé la casa, abrieron la puerta desde dentro antes de que pudiera llamar. Salió un caballero, que resultó ser el médico. Se detuvo apenas me vio.

—Debe ir con cuidado, policía —me dijo—. Hallé al hombre tendido de espaldas en la cama, muerto, con el cuchillo que lo había matado clavado todavía en la herida.

Al oír aquello sentí la necesidad de enviar aviso inmediatamente a la comisaría. ¿Dónde podía hallar un mensajero de confianza? Me tomé la libertad de pedirle al médico que repitiera a la policía lo que me había dicho a mí. La comisaría no estaba muy lejos de su camino de vuelta a casa. Aceptó amablemente atender mi petición.

La patrona (la señora Crosscapel) se nos unió mientras aún hablábamos. Era una mujer todavía joven; que no se asustaba con facilidad, por lo que pude ver, ni siquiera por un asesinato en la casa. Su marido estaba en el pasillo tras ella. Parecía lo bastante viejo como para ser su padre, y temblaba tanto de terror que alguien hubiera podido tomarle por el culpable. Retiré la llave de la puerta de la calle después de cerrarla y le dije a la patrona:

—Nadie debe abandonar la casa, o entrar en ella, hasta que llegue el inspector. Debo examinar el lugar para ver si alguien ha forzado la entrada.

—La llave de la puerta del patio está puesta en la cerradura —dijo, como respuesta a mis palabras—. Siempre está cerrada. Baje conmigo y véalo usted mismo. —Priscilla fue con nosotros. Su señora la envió a encender el fuego de la cocina—. Quizá algunos —sugirió la señora Crosscapel— nos sintamos un poco mejor con una taza de té.

Observé que se tomaba las cosas con tranquilidad, dadas las circunstancias. Me respondió que la patrona de una pensión londinense no podía permitirse perder la calma, no importaba lo que hubiera ocurrido.

Hallé la puerta cerrada y los postigos de la ventana de la cocina asegurados. La parte de atrás y la puerta de la cocina estaban aseguradas del mismo modo. No había nadie escondido en ninguna parte. Regresamos arriba y examiné la ventana del salón de delante. Allí también los postigos

cerrados me indicaron la seguridad de aquella habitación. Una voz quebrada dijo a través de la puerta de la salita de atrás:

—El policía puede entrar, si promete no mirarme.

Me volví hacia la patrona en busca de información.

—Es mi huésped de la salita, la señorita Mybus —dijo ésta—, una dama muy respetable.

Al entrar en la habitación, vi algo envuelto en las cortinas de la cama. La señorita Mybus se había hecho modestamente invisible de aquella manera. Satisfecho de la seguridad de la parte inferior de la casa, y con las llaves en el bolsillo, estuve dispuesto a ir escaleras arriba.

En nuestro camino a las regiones superiores pregunté si había habido alguna visita el día anterior. Sólo dos visitantes, amigos de los huéspedes..., y la propia señora Crosscapel los había acompañado a la salida. Mi siguiente pregunta se refirió a los propios huéspedes. En la planta baja estaba la señorita Mybus. En el primer piso (ocupando ambas habitaciones), el señor Barfield, un viejo soltero, empleado en la oficina de un comerciante. En el segundo piso, en la habitación de delante, el señor John Zebedee, el hombre asesinado, y su esposa. En la habitación de atrás, el señor Deluc, descrito como un agente de comercio de cigarros y supuestamente un caballero criollo de la Martinica. En la buhardilla de delante, el señor y la señora Crosscapel. En la buhardilla de atrás, la cocinera y la doncella. Éstos eran los habitantes regulares de la casa. Indagué acerca de las sirvientas.

—Ambas excelentes personas —dijo la patrona—, o no estarían a mi servicio.

Llegamos al segundo piso y hallamos a la doncella de guardia ante la puerta de la habitación delantera. Físicamente no era una mujer tan agraciada como la cocinera y estaba enormemente asustada, por supuesto. Su señora la había apostado allí para dar la alarma en caso de un arrebato por parte de la señora Zebedee, que permanecía encerrada en la habitación. Mi llegada alivió a la doncella de su responsabilidad. Corrió escaleras abajo a reunirse con su compañera de servicio en la cocina.

Le pregunté a la señora Crosscapel cómo y cuándo se había dado la alarma del asesinato.

—Poco después de las tres de la madrugada —dijo—. Me despertaron los gritos de la señora Zebedee. La encontré ahí fuera, en el descansillo, y al señor Deluc, muy alarmado, intentando calmarla. Puesto que duerme en la habitación contigua, sólo tuvo que abrir la puerta cuando los gritos de la mujer le despertaron. «¡Mi querido John está muerto! ¡Yo soy la miserable culpable..., lo asesiné estando dormida!.» Repetía estas palabras frenéticamente una y otra vez, hasta que cayó desmayada. El señor Deluc y yo la llevamos de vuelta al dormitorio. Ambos pensamos que la pobre mujer se había despertado de alguna pesadilla. Pero cuando llegamos junto a la cama..., no me pregunte lo que vimos; el doctor ya se lo ha

Librodot

contado. Durante un tiempo fui enfermera en un hospital, y por ello estoy acostumbrada a ver cosas horribles. Sin embargo, aquello me dejó helada y aturdida. En cuanto al señor Deluc, pensé que él iba a ser el siguiente en desmayarse.

Tras oír aquello, pregunté si la señora Zebedee había dicho o hecho algo extraño desde que era huésped de la señora Crosscapel.

—¿Piensa usted que está loca? —respondió la patrona—. Cualquiera lo pensaría, cuando una mujer se acusa a sí misma de asesinar a su marido estando dormida. Todo lo que puedo decir es que, hasta esta madrugada, nunca conocí a una persona más tranquila, sensata y bien educada que la señora Zebedee. Estaban recién casados, entienda, y quería a su desafortunado esposo tanto como una mujer puede querer. Los hubiera llamado una pareja ideal, a su propio estilo.

No había nada más que decir en el descansillo. Abrimos la puerta y entramos en la habitación.

II

Estaba tendido de espaldas en la cama, tal como el médico lo había descrito. En el lado izquierdo de su camisa de noche, justo sobre su corazón, la sangre en la tela contaba la terrible historia. Por todo lo que uno podía juzgar, contemplando su rostro muerto, debió de haber sido un joven apuesto en vida. Era una visión capaz de entristecer a cualquiera, pero creo que la sensación más dolorosa se produjo cuando mis ojos se posaron en su abatida esposa.

Estaba sentada en el suelo, acurrucada en un rincón, una mujercita morena bien vestida con un traje de alegres colores. Su pelo negro y sus grandes ojos castaños hacían que la horrible palidez de su rostro pareciera más mortalmente blanca de lo que quizá era en verdad. Nos miró con fijeza al parecer sin vernos. Le hablamos, y no pronunció ni una sola palabra. Igual hubiera podido estar muerta —como su esposo—, excepto porque no dejaba de morderse los dedos y se estremecía de tanto en tanto como si tuviera frío. Fui hacia ella e intenté levantarla. Se echó hacia atrás con un grito que me asustó, no por su intensidad sino porque era más el grito de un animal que el de un ser humano. Por tranquila que se hubiera comportado hasta entonces, según decía la patrona, ahora estaba fuera de sí. Puede que me sintiera conmovido por una piedad natural hacia ella, o puede que estuviera mentalmente trastornado, pero lo cierto es que no logré convencerme de su culpabilidad. Incluso le dije a la señora Crosscapel:

—No creo que lo hiciera ella.

Mientras pronunciaba esas palabras hubo una llamada a la puerta de entrada. Bajé de inmediato y dejé pasar (con gran alivio) al inspector,

acompañado por uno de nuestros hombres.

Aguardó a oír mi informe y aprobó todo lo que yo había hecho.

—Parece que el asesinato ha sido cometido por alguien de la casa —señaló; dejó al hombre abajo y subió conmigo al segundo piso.

No llevaba un minuto en la habitación cuando descubrió un objeto que se me había escapado.

Era el cuchillo que había cometido la atrocidad.

El médico lo había hallado clavado en el cuerpo, lo había retirado para examinar la herida y lo había dejado en la mesilla de noche. Era una de estas útiles navajas multiusos que contienen una sierra, un sacacorchos y otros complementos del mismo estilo. La gran hoja quedaba asegurada, una vez abierta, por un muelle. Excepto donde estaba manchado de sangre, el cuchillo aparecía tan brillante como cuando fue comprado. Una pequeña placa de metal sujeta al mango de cuerno mostraba una inscripción, sólo parcialmente grabada: «A John Zebedee, de...». Allí, sorprendentemente, se detenía.

¿Quién o qué había interrumpido el trabajo del grabador? Era imposible adivinarlo siquiera. De todos modos, el inspector se mostró animado.

—Esto debería ayudarnos —dijo, y luego prestó oído atento (sin dejar de mirar durante todo el tiempo a la pobre mujer acurrucada en el rincón) a lo que la señora Crosscapel tenía que contarle.

Una vez la patrona hubo terminado su relato, dijo que ahora necesitaba ver al huésped que dormía en la habitación de al lado.

El señor Deluc apareció de pie en la puerta del cuarto, con la cabeza vuelta hacia otro lado para no contemplar el horror de su interior.

Iba envuelto en una espléndida bata azul, ribeteada en oro y con un cinturón del mismo color. Su escaso pelo castaño estaba rizado (soy incapaz de decir si natural o artificialmente) en pequeños bucles. Su color general era amarillento; sus ojos verde-castaños eran del tipo llamado «saltones»: parecía como si fueran a caerse de un momento a otro de su rostro, si uno colocaba una cuchara debajo de ellos. Su bigote y su barba caprina estaban cuidadosamente engominados; y, para completar su equipamiento, llevaba un largo puro negro en la boca.

—No es insensibilidad a esta terrible tragedia —explicó—. Tengo los nervios destrozados, señor policía, y sólo puedo combatirlo de esta forma. Le ruego que me disculpe y me comprenda.

El inspector interrogó al testigo seca y exhaustivamente. No era un hombre que se dejara llevar por las apariencias; pero podía ver que estaba muy lejos de que el señor Deluc le gustara o, simplemente, confiara en él. Nada surgió del interrogatorio, excepto lo que la señora Crosscapel me había mencionado ya en sustancia. El señor Deluc regresó a su habitación.

—¿Cuánto tiempo lleva con ustedes? —preguntó el inspector, tan pronto el otro se hubo dado la vuelta.

—Casi un año —respondió la patrona.

—¿Les dio alguna referencia?

—Una referencia tan buena como yo podía desear.

Y citó el nombre de una conocida firma de comerciantes de puros en la City.

El inspector anotó la información en su bloc. Preferiría no relatar con detalle lo que ocurrió a continuación: es demasiado penoso para demorarse en ello. Déjenme decir tan sólo que la pobre y alterada mujer fue llevada en un coche a la comisaría. El inspector se hizo cargo de la navaja y de un libro hallado en el suelo, titulado El mundo del sueño. Cerramos el baúl que contenía el equipaje y luego la puerta de la habitación; ambas llaves fueron entregadas a mi custodia. Mis instrucciones eran quedarme en la casa y no permitir que nadie la abandonara hasta que volviera a tener noticias del inspector.

III

La encuesta del juez de instrucción fue aplazada, y la vista ante el magistrado terminó con el ingreso de la acusada en prisión, sin que la señora Zebedee estuviera en condiciones de comprender nada de lo que sucedía. El médico informó de que estaba completamente postrada por un terrible shock nervioso. Cuando se le preguntó si se consideraba una mujer cuerda antes de que se produjera el asesinato, se negó a responder afirmativamente en aquel momento.

Transcurrió una semana. El hombre asesinado fue enterrado; su anciano padre asistió al funeral. Vi ocasionalmente a la señora Crosscapel y a las dos sirvientas, con la finalidad de obtener tanta información adicional como fuera posible. Tanto la cocinera como la doncella habían comunicado que pensaban marcharse tras el mes reglamentario; se negaban, en interés propio, a seguir en una casa que había sido escenario de un asesinato. Los nervios del señor Deluc le condujeron también a su marcha; su descanso se veía ahora alterado por terribles sueños. Pagó la penalización monetaria exigida y se fue sin más. El huésped del primer piso, el señor Barfield, conservó sus habitaciones, pero obtuvo un permiso en su empleo y se refugió con unos amigos en el campo. Sólo la señorita Mybus siguió en su saloncito.

—Cuando estoy cómoda en un sitio —dijo la anciana dama—, nadie me mueve de allí, a mi edad. Un asesinato un par de pisos más arriba es casi lo mismo que un asesinato en la casa de al lado. La distancia, ¿sabe?, es lo que marca toda la diferencia.

A la policía le importaba poco lo que hicieran los huéspedes. Teníamos hombres de paisano vigilando la casa día y noche. Todas las personas que se marcharon fueron seguidas discretamente; y la policía de los distritos

adonde se trasladaron fue advertida de mantenerlos bajo vigilancia. Mientras no consiguiéramos probar de ningún modo la extraordinaria afirmación de la señora Zebedee —sin decir nada del hecho de que fracasaron todos nuestros intentos de rastrear la navaja hasta su comprador—, no podíamos dejar que ninguna persona que había vivido bajo el techo de la señora Crosscapel la noche del asesinato se escapara de nuestras manos.

IV

A los quince días, la señora Zebedee se había recuperado lo suficiente como para prestar la necesaria declaración, tras las advertencias preliminares dirigidas a las personas en tales casos. El médico no vaciló ahora en considerarla una mujer cuerda.

Su ocupación en la vida había sido el servicio doméstico. Había vivido cuatro años en el último lugar como doncella de una lady con una familia que residía en Dorsetshire. El único problema que tenía había sido su ocasional sonambulismo, que hacía necesario que otra de las sirvientas durmiera en la misma habitación que ella, con la puerta cerrada y la llave bajo su almohada. En todos los demás aspectos, la doncella era descrita por su lady como «un perfecto tesoro».

En los últimos seis meses de su servicio, un joven llamado John Zebedee entró en la casa (con una recomendación) como mayordomo. Pronto quedó prendado de la hermosa doncella de la lady, y ella le devolvió el sentimiento. Hubieran podido tener que aguardar años para hallarse en una posición pecuniaria que les permitiera casarse, de no ser por la muerte del tío de Zebedee, que le dejó una pequeña fortuna de dos mil libras. Para personas de su condición, ahora eran lo bastante ricos como para hacer lo que se les antojara; y se casaron en la casa donde habían servido juntos, y las hijas de la familia mostraron su afecto hacia la señora Zebedee actuando como madrinas.

El joven esposo era un hombre prudente. Decidió emplear su pequeño capital del mejor modo posible, criando ovejas en Australia. Su esposa no puso objeción; estaba dispuesta a ir allá donde fuera John.

En consecuencia, pasaron su corta luna de miel en Londres para esperar el barco que debería llevarles hasta su destino. Fueron a la pensión de la señora Crosscapel porque el tío de Zebedee siempre se había alojado allí cuando iba a Londres. Faltaban diez días para el embarque. Esto proporcionó a la joven pareja unas apetecibles vacaciones y la perspectiva de divertirse con las vistas y los espectáculos de la gran ciudad.

En su primera noche en Londres fueron al teatro. Ambos estaban acostumbrados al aire fresco del campo y se sintieron medio asfixiados por

Librodot

el calor y el gas. De todos modos, les gustó tanto aquel espectáculo nuevo para ellos que acudieron a otro teatro la noche siguiente. En esta segunda ocasión, John Zebedee halló el calor insoportable. Abandonaron el teatro y volvieron a su alojamiento hacia las diez.

Contemos el resto con las propias palabras de la señora Zebedee.

—Nos sentamos a hablar un poco en nuestra habitación, y el dolor de cabeza de John fue cada vez peor —dijo—. Le persuadí de que se fuera a la cama y apagué la vela (el fuego daba luz suficiente para desvestirse) a fin de que se durmiera más pronto. Pero estaba demasiado inquieto para dormir. Me pidió que le leyera algo. En el mejor de los casos, los libros siempre le daban sueño.

»Yo todavía no había empezado a desvestirme. Así que encendí de nuevo la vela y abrí el único libro que tenía. John lo había visto en el quiosco de la estación y le había llamado la atención su título, El mundo del sueño. Solía bromear conmigo acerca de mi sonambulismo y dijo: "Aquí hay algo que seguro que te interesará", y me lo regaló.

»Antes de que le hubiera leído durante más de media hora ya se había quedado dormido. Como yo no tenía sueño, seguí leyendo para mí.

»E1 libro me interesaba. En él se contaba una terrible historia que quedó grabada en mi mente, la de un hombre que apuñaló a su mujer en un sueño sonámbulo. Después de leer aquello pensé en dejarlo, pero luego cambié de opinión y seguí leyendo. Los siguientes capítulos no eran tan interesantes; estaban llenos de informes eruditos de por qué caemos dormidos y qué hacen nuestros cerebros en tal estado y cosas así. Terminé durmiéndome yo también en mi sillón junto al fuego.

»No sé qué hora era cuando me dormí; no sé cuánto tiempo lo hice, o si soñé o no. La vela y el fuego se habían apagado, y la oscuridad era completa cuando desperté. Ni siquiera puedo decir por qué me desperté, a menos que fuera a causa de la frialdad de la habitación.

»Había una vela de repuesto en la repisa de la chimenea. Encontré la caja de cerillas y encendí una. Entonces, por primera vez, me volví hacia la cama; y vi...

Vio el cadáver de su esposo, asesinado mientras ella permanecía sin saberlo a su lado..., y mientras lo contaba se desvaneció, pobre criatura, ante su solo recuerdo.

La vista fue aplazada. La señora Zebedee recibió todos los cuidados y la atención posibles; el capellán veló por su bienestar junto con el médico.

No he dicho nada de las declaraciones de la patrona y las sirvientas. Fueron consideradas una mera formalidad. Lo poco que sabían no probaba nada contra la señora Zebedee. La policía no hizo ningún descubrimiento que apoyara la primera frenética acusación que la mujer había hecho contra sí misma. Sus últimos amos hablaron de ella en los más altos términos. Estábamos completamente en un callejón sin salida.

Al principio se consideró oportuno no sorprender al señor Deluc

citándole como testigo. La acción de la ley, sin embargo, se vio acelerada en este caso por una comunicación privada recibida del capellán.

Tras ver y hablar dos veces con la señora Zebedee, el reverendo quedó persuadido de que ella no estaba más relacionada que él con la muerte de su esposo. No consideró que estuviera justificado el repetir una comunicación confidencial; sólo podía recomendar que el señor Deluc fuera llamado para presentarse en el siguiente interrogatorio. Se siguió el consejo.

La policía no tenía ninguna prueba contra la señora Zebedee cuando se reanudó la investigación. Para ayudar a la justicia fue llamada ahora al estrado de los testigos. El descubrimiento de su marido asesinado, cuando despertó a primera hora de la madrugada, se pasó lo más rápidamente posible. Sólo se le hicieron tres preguntas importantes.

En primer lugar, se le presentó la navaja. ¿La había visto alguna vez en posesión de su esposo? Nunca. ¿Sabía algo sobre ella? Absolutamente nada.

Segunda: ¿Habían ella o su esposo cerrado por dentro la habitación cuando regresaron del teatro? No. ¿Cerró más tarde ella la puerta? No.

Tercera: ¿Había alguna razón en especial para hacerle suponer que era ella quien había asesinado a su esposo en un sueño sonámbulo? Ninguna razón, excepto que estaba fuera de sí en aquel momento, y que el libro puso el pensamiento en su cabeza.

Después de esto, se hizo salir a los demás testigos de la sala. Apareció entonces el motivo de la comunicación del capellán. Se le preguntó a la señora Zebedee si había ocurrido algo desagradable entre el señor Deluc y ella.

Sí. El hombre la había encontrado a solas en las escaleras de la pensión; había intentado insinuarse; y el insulto había llegado todavía más lejos cuando intentó besarla. Ella le abofeteó en pleno rostro y afirmó que su esposo se enteraría de aquello si intentaba repetirlo. Él se enfureció porque le abofeteara y le dijo: «Señora, lamentará usted esto».

Tras una consulta, y a petición del inspector, se decidió mantener por el momento al señor Deluc en la ignorancia de la declaración de la señora Zebedee. Cuando fueron llamados de vuelta los testigos, el hombre declaró lo mismo que había declarado ya al inspector, y entonces se le preguntó si sabía algo de la navaja. Contempló la navaja sin el menor signo de culpabilidad en su rostro y juró no haberla visto nunca hasta aquel momento. La sesión terminó sin que se hubiera averiguado nada significativo.

Pero mantuvimos vigilado al señor Deluc. Nuestro siguiente esfuerzo fue intentar asociarlo con la compra de la navaja.

Aquí tampoco (había razones para creer en una especie de fatalidad en este caso) alcanzamos ningún resultado útil. Fue fácil encontrar la cuchillería de Sheffield que la había fabricado por la marca en la hoja. Pero

hacían decenas de miles de estas navajas y las distribuían por toda Gran Bretaña, sin hablar del extranjero. En cuanto a hallar a la persona que había grabado la incompleta inscripción (sin saber dónde o por quién había sido comprada la navaja), era algo así como buscar la proverbial aguja en el pajar. Nuestro último recurso fue fotografiar la navaja, por el lado que mostraba la inscripción, y enviar copias a todas las comisarías del reino.

Al mismo tiempo, investigamos al señor Deluc —quiero decir que investigamos su vida pasada— con la esperanza de que él y el hombre asesinado se hubieran conocido antes y pudieran haberse peleado, o existiera alguna rivalidad respecto a una mujer en alguna ocasión anterior. No descubrimos nada.

Averiguamos que Deluc había llevado una vida disipada y que se había mezclado con muy malas compañías. Pero se había mantenido fuera del alcance de la ley. Un hombre puede ser un vagabundo libertino; puede insultar a una dama; puede decirle cosas amenazadoras en medio del escozor de la primera bofetada, pero de estos rasgos de su carácter no puede deducirse que haya asesinado a su esposo por la noche.

Una vez más, pues, cuando volvieron a citarnos para presentar nuestro informe, no tuvimos ninguna prueba que presentar. Las fotografías no consiguieron descubrir al propietario de la navaja ni explicar su interrumpida inscripción. La pobre señora Zebedee recibió permiso para volver con sus amigos, bajo el compromiso de presentarse de nuevo si era llamada. Los artículos de los periódicos empezaron a preguntarse cuántos asesinatos más se producirían que consiguieran eludir a la policía. Las autoridades del Tesoro ofrecieron una recompensa de mil libras por cualquier información útil. Y las semanas pasaron, y nadie reclamó la recompensa.

Nuestro inspector no era un hombre que se dejara vencer tan fácilmente. Siguieron más investigaciones y exámenes. No es necesario decir nada al respecto. Fuimos derrotados, y esto, en lo que a la policía y al público se refería, fue el fin del asunto.

El asesinato del pobre joven esposo no tardó en dejar de ser noticia, como otros asesinatos no solucionados. Sólo una oscura persona fue lo suficientemente estúpida como para persistir en sus horas de ocio en intentar resolver el problema de quién mató a Zebedee. Tenía la sensación de que podría ascender a las más altas posiciones en las fuerzas de la policía si tenía éxito en lo que sus superiores habían fallado, y se aferró a su ambición, aunque todo el mundo se riera de él. En pocas palabras, yo fui ese hombre.

V

Sin pretenderlo, he contado mi historia de una forma injusta.

Hubo dos personas que no vieron nada ridículo en mi resolución de proseguir la investigación por mi cuenta. Una de ellas fue la señorita Mybus; la otra fue la cocinera, Priscilla Thurlby.

Mencionando primero a la dama, la señorita Mybus se mostró indignada ante la resignación con la cual la policía aceptó su derrota. Era una mujercita fuerte, de ojos brillantes; y decía lo que pensaba.

—Esto me afecta mucho —dijo—. Simplemente, mire un año o dos hacia atrás. Puedo recordar dos casos de personas halladas asesinadas en Londres, y los asesinos nunca han sido descubiertos. Yo también soy una persona; y me pregunto si no será mi turno la próxima vez. Es usted una persona agradable, y me gustan su valor y su perseverancia. Venga tan a menudo como considere necesario y diga que viene a visitarme si le ponen alguna dificultad para dejarle entrar. ¡Una cosa más! No tengo nada en particular que hacer, y no soy estúpida. Aquí en el saloncito veo a todo el mundo que entra en la casa o sale de ella. Déjeme sus señas: es posible que pueda facilitarle alguna información.

Con sus mejores intenciones, la señorita Mybus no halló ninguna oportunidad de ayudarme. De las dos, Priscilla Thurlby parecía la que tenía más probabilidades de serme de utilidad.

En primer lugar era aguda y activa, y (no habiendo encontrado todavía otro trabajo) era dueña de sus movimientos.

En segundo lugar, era una mujer en la que podía confiar. Antes de que se marchara de su casa para dedicarse al servicio doméstico en Londres, el párroco de su parroquia natal le había entregado una carta de recomendación, de la que adjunto una copia. Decía:

Recomiendo encarecidamente a Priscilla Thurlby para cualquier empleo respetable que su competencia le permita aceptar. Su padre y su madre son personas ancianas y enfermas, que últimamente han sufrido una disminución de sus ingresos, y tienen una hija más pequeña a la que mantener. Antes que ser una carga para sus padres, Priscilla va a Londres en busca de trabajo en el servicio doméstico, con la intención de dedicar lo que gane a ayudar a su padre y a su madre. Las circunstancias hablan por sí mismas. Hace muchos años que conozco a la familia; y tan sólo lamento no tener ninguna plaza vacante en mi propia casa que poder ofrecerle a esta buena muchacha.

(Firmado)
Henry Derrington, rector de Roth

Tras leer estas palabras, pude pedirle con toda seguridad a Priscilla que me ayudara a reabrir el misterioso caso de asesinato a fin de conseguir algún resultado.

Librodot

Mi idea era que las investigaciones sobre las personas en casa de la señora Crosscapel no habían sido lo bastante profundas. A fin de proseguirlas, pregunté a Priscilla si podía decirme algo que asociara a la doncella con el señor Deluc. Se mostró reacia a contestar.

—Puede que esté arrojando sospechas sobre una persona inocente —dijo—. Además, hace tan poco que la conozco...

—Dormía en la misma habitación que ella —señalé—, y tuvo oportunidad de observar su conducta con respecto a los huéspedes. Si en los interrogatorios le hubieran hecho esta pregunta, hubiera respondido usted sinceramente.

Cedió ante este argumento. Y así oí de ella algunos particulares que arrojaban una nueva luz sobre el señor Deluc, y sobre el caso en general. Actué sobre esta información. Fue un trabajo lento, debido a que mis deberes habituales reclamaban buena parte de mi tiempo; pero con ayuda de Priscilla fui avanzando firmemente hacia el fin que tenía en mente.

Además, yo tenía otra obligación con respecto a la agraciada cocinera de la señora Crosscapel. Deberé confesar más pronto o más tarde, así que es mejor que lo haga ahora. Conocí por primera vez lo que es el amor gracias a Priscilla. Recibí deliciosos besos gracias a Priscilla. Y cuando le pregunté si se casaría conmigo, no dijo no. Me miró, debo confesarlo, con una cierta tristeza y dijo:

—¿Cómo puede una gente tan pobre como nosotros tener alguna esperanza de casarse?

A lo que respondí:

—No pasará mucho tiempo antes de que le eche mano a la pista que mi inspector no ha conseguido hallar. Entonces estaré en posición de casarme contigo, querida, cuando llegue el momento.

En nuestro siguiente encuentro hablamos de sus padres. Ahora yo era su prometido. A juzgar por lo que he oído de cómo actúan otras personas en mi misma situación, parecía que lo correcto en aquellas circunstancias era que su padre y su madre me conocieran. Ella se mostró enteramente de acuerdo conmigo; y escribió a su casa aquel día, para decirles que nos esperaran el fin de semana.

Tomé un turno de noche, para así conseguir tener libertad para la mayor parte del día siguiente. Me vestí con ropas civiles, y compramos nuestros billetes de tren para Yateland, que era la estación más próxima al pueblo donde vivían los padres de Priscilla.

VI

El tren se detuvo, como de costumbre, en la gran población de Waterbank. Priscilla, que a la espera de otra colocación se ganaba la vida cosiendo, había estado trabajando hasta última hora de la noche y estaba cansada y sedienta. Abandoné el vagón para ir a buscarle una gaseosa. La

estúpida chica de la cantina no conseguía abrir la botella y se negó a dejarme ayudarla. Tomó un sacacorchos y lo usó mal. Perdí la paciencia y arranqué la botella de su mano. Justo en el momento en que sacaba el corcho sonó la campana en el andén. Sólo aguardé el tiempo necesario para verter la gaseosa en un vaso, pero el tren ya empezaba a moverse cuando abandoné la cantina. Los mozos de estación me detuvieron cuando intentaba subir en marcha. Había perdido el tren.

Tan pronto como mi irritación se hubo calmado miré los horarios. Habíamos llegado a Waterbank a la una y cinco. Por suerte, el próximo tren estaba previsto para la una y cuarenta y cuatro y llegaba a Yateland (la siguiente estación) diez minutos más tarde. Sólo podía esperar que Priscilla consultara también los horarios y me esperara. Si intentaba recorrer caminando la distancia entre los dos lugares perdería tiempo en vez de ganarlo. El intervalo que tenía ante mí no era muy largo; lo dediqué a echarle un vistazo a la ciudad.

Hablando con el debido respeto hacia sus habitantes, Waterbank (para un forastero) es un lugar aburrido. Subí por una calle y bajé por otra, y me detuve ante una tienda que me sorprendió; no por nada en particular, sino porque era la única tienda en la calle con los postigos cerrados.

Había un cartel pegado a los postigos anunciando que el lugar estaba en alquiler. El nombre y ocupación del anterior ocupante, indicado con las habituales letras pintadas, era: James Wycomb, cuchillero, etc.

Por primera vez se me ocurrió que habíamos olvidado un obstáculo en nuestro camino cuando distribuimos las fotos de la navaja. Ninguno de nosotros había pensado que una cierta proporción de cuchillerías podía hallarse fuera de nuestro alcance por circunstancias diversas, por haberse retirado del negocio o por haber quebrado, por ejemplo. Siempre llevaba conmigo una copia de la fotografía; y me dije a mí mismo: «¡Aquí hay una sombra de posibilidad de rastrear la navaja hasta el señor Deluc!».

Después de llamar al timbre un par de veces, un viejo muy desaseado y muy sordo me abrió la puerta de la tienda.

—Será mejor que suba usted la escalera y hable con el señor Scorrier, en el piso de arriba —dijo—.

Apoyé los labios en la trompetilla del viejo y le pregunté quién era el señor Scorrier.

—El cuñado del señor Wycomb. El señor Wycomb murió. Si desea comprar usted el negocio, diríjase al señor Scorrier.

Tras esta respuesta subí las escaleras y encontré al señor Scorrier enfrascado en grabar una placa de latón para una puerta. Era un hombre de mediana edad, de rostro cadavérico y ojos apagados. Tras las necesarias disculpas, extraje mi fotografía.

—¿Puedo preguntarle, señor, si sabe algo de la inscripción de esta navaja? —inquirí.

Tomó su lupa para examinar la foto.

—Es curioso —observó en voz baja—. Recuerdo ese extraño nombre, Zebedee. Sí, señor, yo grabé esto, tal como está ahora. Me pregunto qué rae impidió terminarlo.

El nombre de Zebedee y la inscripción inacabada de la navaja habían aparecido en todos los periódicos ingleses. Se tomó el asunto de una forma tan fría que dudé sobre cómo interpretar su respuesta. ¿Era posible que no hubiera leído nada sobre el asesinato? ¿O era un cómplice con unos prodigiosos poderes de autodominio?

—Disculpe —dije—, ¿no lee usted los periódicos?

—¡Nunca! Me falla la vista. Me abstengo de leer, en interés de mi ocupación.

—¿No ha oído mencionar usted el nombre de Zebedee por nadie que lea los periódicos?

—Es probable que lo haya oído, pero no le habré prestado atención. Cuando termino mi trabajo voy a dar un paseo. Luego ceno, tomo un ponche y fumo una pipa. Luego me voy a dormir. Supongo que pensará usted que es una existencia muy aburrida. Llevé una vida miserable, señor, cuando era joven. Vivir tranquilo y descansar un poco antes de reposar definitivamente en la tumba..., es todo lo que pido. El mundo dejó de existir para mí hace mucho tiempo. Tanto mejor.

El pobre hombre hablaba sinceramente. Me sentí avergonzado de haber dudado de él. Volví al tema de la navaja.

—¿No sabe usted dónde fue comprada y por quién? —pregunté.

—Mi memoria no es tan buena como antes —murmuró—, pero tengo algo que puede ayudar.

Extrajo de una alacena un viejo y sucio libro de recortes. Por lo que pude ver, en sus páginas había pegadas tiras de papeles con cosas escritas. Fue a un índice, o tabla de contenidos, y abrió una página. Algo parecido a un destello de vida iluminó su apagado rostro.

—¡Ah! Ahora recuerdo —dijo—. El cuchillo fue comprado en la tienda de abajo de mi difunto cuñado. Ahora lo recuerdo todo, señor. ¡Una persona en un estado muy agitado entró en este mismo cuarto y me arrancó el cuchillo de las manos cuando estaba sólo a medio grabar la inscripción!

Sentí que estaba muy cerca de un descubrimiento.

—¿Puedo ver qué es lo que le ha ayudado a recordar? —pregunté.

—¡Oh, sí! ¿Sabe, señor?, me gano la vida grabando inscripciones y direcciones, y pego en este libro las instrucciones manuscritas que recibo, con mis correspondientes anotaciones al margen. Por un lado me sirven como referencia para los nuevos clientes. Y por otro lado me ayudan a recordar.

Volvió el libro hacia mí y señaló una tira de papel que ocupaba la parte inferior de una página.

Leí la inscripción completa que hubiera debido figurar en la navaja que había matado a Zebedee: «A John Zebedee, de Priscilla Thurlby».

VII

Declaro que me resulta imposible describir lo que sentí cuando el nombre de Priscilla apareció ante mis ojos como una confesión escrita de culpabilidad. Ignoro cuánto tiempo transcurrió antes de que me recobrara lo suficiente. Lo único que puedo decir con claridad es que asusté al pobre grabador.

Mi primer deseo fue tomar posesión de la inscripción manuscrita. Le dije que era policía y que debía ayudarme en el esclarecimiento de un crimen. Incluso le ofrecí dinero. Apartó mi mano.

—Puede llevárselo a cambio de nada —dijo—, con sólo que se vaya de aquí y no vuelva nunca. —Intentó arrancar la página, pero sus temblorosas manos se lo impidieron. La arranqué yo mismo e intenté darle las gracias. No me oyó—. ¡Márchese! —exclamó—. No me gusta su aspecto.

Puede que se me objete aquí que no hubiera debido estar tan seguro de la culpabilidad de Priscilla hasta obtener más pruebas contra ella. La navaja podía haberle sido robada, suponiendo que hubiera sido ella la persona que la había arrebatado de las manos del grabador, y podía haber sido utilizada luego por el ladrón para cometer el asesinato. Todo ello muy cierto. Pero nunca tuve ni un momento de duda, desde el instante mismo en que leí la terrible línea en el libro del grabador.

Volví a la estación del ferrocarril sin ningún plan en mi cabeza. El tren en el que me había propuesto alcanzarla había salido ya de Waterbank. El siguiente tren que llegaba iba a Londres. Lo tomé..., todavía sin ningún plan en mente.

En Charing Cross me encontré con un amigo. Me dijo:

—Tienes un aspecto horrible. Vamos a beber algo.

Fui con él. Lo que verdaderamente deseaba era un poco de alcohol; me hizo reaccionar y aclaró mi cabeza. Él siguió su camino y yo seguí el mío. Al cabo de poco tiempo, ya había decidido lo que haría.

En primer lugar, decidí renunciar a mi puesto en la policía, por un motivo que ahora enunciaré. En segundo lugar, tomé una habitación en una pensión. Ella sin duda regresaría a Londres e iría a mi casa para averiguar qué me había pasado. Entregar a la justicia a la mujer a la que quería era un deber demasiado cruel para un pobre hombre como yo. Prefería abandonar las fuerzas de la policía. Por otro lado, si ella y yo nos encontrábamos antes de que el tiempo me hubiera ayudado a dominarme, tenía el horrible temor de que fuera yo quien me convirtiera ahora en un asesino y la matara, allí y entonces. La muy traidora no sólo me había embaucado para que me casara con ella, sino que había hecho que una inocente se viera involucrada en el asesinato.

Aquella misma noche hallé una forma de aclarar las dudas que todavía

Librodot

asaltaban mi mente. Escribí al rector de Roth, informándole de que me había prometido con ella y preguntándole si podía decirme (en consideración a mi situación) cuáles habían sido las relaciones que había podido tener ella con una persona llamada John Zebedee.

Recibí su respuesta a vuelta de correo:

Señor: Dadas las circunstancias, creo que me siento obligado a decirle confidencialmente lo que amigos y personas queridas de Priscilla han mantenido en secreto por su bien.

Zebedee estuvo trabajando en esta comunidad. Lamento tener que decir esto de un hombre que ha conocido un fin tan miserable, pero su comportamiento con Priscilla demuestra que fue un canalla depravado y sin corazón. Se prometieron y, debo añadir con indignación, él intentó seducirla con la promesa de matrimonio. La virtud de ella se le resistió, y él fingió estar avergonzado de sí mismo. Se publicaron las amonestaciones en mi iglesia. Al día siguiente, Zebedee desapareció y la abandonó cruelmente. Era un buen sirviente, y supongo que halló trabajo en otro lugar. Dejo que imagine usted lo que la pobre muchacha sufrió bajo el ultraje infligido. Fue a Londres con mi recomendación, respondió al primer anuncio que vio y fue lo bastante desafortunada como para iniciar su carrera en el servicio doméstico en la misma pensión en la cual (como he deducido por la noticia de su asesinato en los periódicos) aquel hombre, Zebedee, llevó a la persona con quien se había casado tras abandonar a Priscilla. Puede usted estar seguro de que se unirá usted a una excelente muchacha, y acepte mis mejores deseos de felicidad.

De esto se deducía claramente que ni el rector ni los padres y amigos sabían nada de la compra de la navaja. El único desgraciado que sabía la verdad era el hombre que le había pedido que fuera su esposa.

Me debía a mí mismo —o al menos esto me parecía— no dar motivos para pensar que yo también la había abandonado mezquinamente. Por terrible que fuera la perspectiva, comprendí que debía verla de inmediato y por última vez.

Estaba trabajando cuando entré en su habitación. Al abrir la puerta saltó bruscamente en pie. Sus mejillas enrojecieron y sus ojos llamearon con furia. Di un paso..., y ella vio mi rostro. Esto la hizo guardar silencio.

Hablé con el menor número de palabras que pude encontrar.

—Estuve en la cuchillería de Waterbank —dije—. Allí está la inscripción inacabada de la navaja, completada con tu letra. Una palabra mía podría hacer que te colgaran. Dios me perdone..., no puedo decir esa palabra.

Su rostro adquirió un terrible color de arcilla. Sus ojos se clavaron fijamente en mí, como los ojos de una persona que sufre un ataque. Permaneció allí de pie, inmóvil y en silencio. Sin decir nada más, dejé caer la inscripción en el suelo. Sin decir nada más, me fui.

No volví a verla nunca.

VIII

Pero supe de ella unos pocos días más tarde.

Quemé la carta hace mucho tiempo. Desearía haber podido olvidarla también. Sigue grabada en mi memoria. Si muero con todas mis facultades mentales intactas, la carta de Priscilla será mi último recuerdo sobre la tierra.

En sustancia repetía lo que el rector ya me había dicho. Además, me informaba de que había comprado la navaja como un regalo a Zebedee, en lugar de una navaja similar que él había perdido. La compró el sábado y la dejó para que la grabasen. El domingo se publicaron las amonestaciones. El lunes él la había abandonado; y ella arrebató la navaja de la mesa del grabador mientras éste todavía trabajaba en ella.

Sólo sabía que Zebedee estaba añadiendo nueva leña al insulto que le había infligido cuando se presentó en la pensión con su esposa. Sus deberes como cocinera la mantenían en la cocina, y Zebedee nunca descubrió que ella estaba en la casa. Todavía recuerdo las últimas líneas de su confesión:

El diablo entró en mí cuando probé su puerta, en mi camino a mi habitación, y descubrí que no estaba cerrada, y escuché un poco y miré en su interior. Los vi a la mortecina luz de la vela: el uno durmiendo en la cama, la otra durmiendo junto a la chimenea. Tenía la navaja en la mano y se me ocurrió hacerlo de tal modo que la colgaran a ella por el asesinato. No pude sacar de nuevo la navaja cuando lo hube hecho. ¡Imagínate! Te amaba realmente..., no te dije sí porque pensara que difícilmente podías enviar a la horca a tu propia esposa si alguna vez descubrías quién mató a Zebedee.

Desde entonces jamás he vuelto a saber de Priscilla Thurlby; no sé si vive o ha muerto. Mucha gente puede pensar que soy yo quien merece ser colgado por no haberla llevado a la horca. Puede que quizá se sientan decepcionados cuando lean esta confesión y sepan que he muerto decentemente en mi cama. No les culpo. Soy un pecador arrepentido. Adiós para siempre a todos los buenos cristianos piadosos.

UNA CARTA ROBADA

Antes que nada, me gustaría saber qué entienden ustedes por una historia. ¿Se refieren a lo que hacen otras personas? ¿Y qué es eso? Lo saben, pero no pueden decirlo con exactitud. ¡Eso pensé! En el transcurso de mi larga experiencia legal, nunca me he encontrado con un grupo ajeno a mi profesión que fuera capaz de dar una definición correcta de nada.

A decir por su expresión, sospecho que les divierte el que a su juicio esté hablando de una cosa que nunca me ha pertenecido como profesión. ¡Ja, ja! Aquí estoy, con los pies fuera de mis botas, sin camisa a la espalda y nada en los bolsillos, excepto la moneda de cuatro peniques que conseguí de la beneficencia (la de la presente administración de la que protesto, pero no es ése el asunto); y, sin embargo, no hace dos años yo era un abogado con una larga práctica en una floreciente ciudad. Tenía una casa en High Street. Una casa tan enorme que uno tenía que subir seis escalones para llamar a la puerta de entrada. Tenía a un lacayo para echar a los vagabundos como yo de cualquiera de mis seis escalones de piedra, si se atrevían a sentarse en alguno de ellos, y un mayordomo que hubiera llamado a los loqueros si yo hubiera intentado estrechar su mano en la calle. No voy a responder a sus preguntas al respecto si me formulan alguna. Cómo me metí en problemas y caí hasta donde estoy ahora es mi secreto.

Bien, declino absolutamente contarles una historia. Pero, aunque no voy a contarles una historia, estoy dispuesto a hacer una declaración. Una declaración es un asunto de hechos; en consecuencia, el opuesto exacto de una historia, que es un asunto de ficciones. Lo que voy a decirles me ocurrió realmente.

Durante un tiempo ejercí mi oficio en un bufete, no importa dónde, y luego inicié un negocio propio en una de nuestras ciudades del campo inglés, cuyo nombre declino también mencionar. No tenía ni una cuarta parte del capital que hubiera debido poseer para empezar, y mis amigos del vecindario eran bastante pobres e inútiles, con una sola excepción. Esta excepción era el señor Frank Gatliffe, hijo del señor Gatliffe, miembro del condado, el hombre más rico y orgulloso de nuestra región en muchos kilómetros a la redonda. ¡Espere un momento, usted, en el rincón de allá!; no se anime y se haga el enterado. No hallará ningún detalle aunque investigue el nombre de Gatliffe. No voy a comprometerme ni a comprometer a nadie mencionando nombres. Les he dicho el primero que me ha venido a la cabeza.

¡Bien! El señor Frank era un leal amigo mío, dispuesto a recomendarme siempre que tuviera ocasión. Yo le había proporcionado una ayuda muy oportuna —a cambio de una gratificación, por supuesto-— consiguiéndole un préstamo a un provechoso interés; de hecho, le salvé de los usureros. El dinero le fue prestado mientras el señor Frank estaba en la universidad. Volvió de ella, y durante un corto tiempo permaneció en su casa; y luego se difundió por todo el vecindario el rumor de que se había prendado, como se dice, de la institutriz de su hermana pequeña y que había decidido casarse con ella. ¡Hey, otra vez, usted, el del rincón! Quiere saber su nombre, ¿verdad? ¿Qué le parece Smith?

Hablando como abogado, considero que los rumores, en general, son una estupidez y una mentira. Pero en este caso el rumor resultó ser algo muy diferente.

Librodot

El señor Frank me dijo que estaba verdaderamente enamorado y juró por su honor (una absurda expresión que los jóvenes de su edad utilizan siempre) que estaba decidido a casarse con Smith, la institutriz, su querido dulce amor, como él la llamaba; pero yo no soy un sentimental, y para mí es Smith, la institutriz (con un ojo, por supuesto, clavado en mi amigo del rincón para refrescar su memoria). El padre del señor Frank, tan orgulloso como Lucifer, dijo «no» a la boda con la institutriz, cuando el señor Frank deseaba que dijera «sí». El viejo Gatliffe era un hombre de negocios y enfocó todo el asunto como una operación comercial. Se libró de la institutriz con una carta de recomendación de primera categoría y un regalo fabuloso, y luego miró a su alrededor en busca de algo que el señor Frank pudiera hacer. Mientras él miraba a su alrededor, el señor Frank fue a Londres tras la institutriz, que no tenía ningún familiar vivo con quien ir excepto una tía, la hermana de su padre. La tía se niega a dejar entrar al señor Frank en su casa sin permiso de su padre. El señor Frank escribe a su padre y le dice que se casará con la muchacha tan pronto como alcance la mayoría de edad o se pegará un tiro. El padre acude a la ciudad, y también su esposa y su hija; y un montón de sentimentalismo, que no tiene la menor importancia para esta declaración, se produce entre ellos; y el resultado es que el viejo Gatliffe se ve obligado a retirar la palabra «no» y sustituirla por la palabra «sí».

No creo que hubiera llegado a hacerlo nunca, sin embargo, de no ser por una afortunada peculiaridad del caso. El padre de la institutriz era un hombre de buena familia, casi tan buena como la del propio Gatliffe. Había estado en el ejército; se licenció; se estableció como comerciante de vinos; fracasó; murió; también murió su esposa, la última de la familia. De hecho, no le quedaba a Gatliffe más que hacer averiguaciones acerca de la hermana del padre de la institutriz, que se había comportado, como él mismo dijo, como una auténtica dama cerrándole la puerta al señor Frank desde el primer momento. Así, para abreviar, diré que las cosas acabaron bien. Se fijó la fecha de la boda y se anunció —matrimonio de alta sociedad y todo eso— en el periódico del condado. Se incluyó una biografía oficial del padre de la institutriz, a fin de evitar murmuraciones de la gente; un gran floreo sobre su pedigrí y un largo relato de sus servicios en el ejército; pero ni una palabra, vean, sobre haberse convertido después en comerciante de vinos. ¡Oh, no..., ni una palabra sobre eso! Yo lo sabía, sin embargo, porque el señor Frank me lo había dicho. No había ni un ápice de soberbia en él. Me presentó a su futura esposa un día cuando me tropecé con ellos paseando y me preguntó si no creía que era un hombre afortunado. No me importó admitir que sí lo creía y así se lo dije. ¡Ah!, pero me cayó bien aquella institutriz. Su estatura, si mal no recuerdo, era metro sesenta. Una ágil figura, que parecía como si nunca se hubiera encajonado dentro de un corsé. Unos ojos que me hicieron sentir como si me hallara bajo el más atento examen en el momento mismo en que me miró. Unos labios finos, rojos, frescos, que pedían bésame y repite. Mejillas y complexión... No, amigo mío del rincón, no la identificará tampoco por las mejillas y la complexión, aunque le trazara un retrato de ellas en este momento. Ha tenido toda una caterva de hijos desde la época de la que estoy hablando, y sus mejillas son hoy algo más rollizas y su color uno o dos tonos más rojos que cuando la conocí paseando con el señor Frank.

El matrimonio debía celebrarse un miércoles. Declino mencionar el año o el mes. Como ya he dicho, yo me había instalado como abogado por cuenta propia, digamos hacía seis semanas, más o menos, y me hallaba solo en mi oficina el lunes por la mañana anterior a la boda, intentando ver con claridad el camino ante mí sin conseguirlo demasiado bien, cuando el señor Frank entró bruscamente, tan blanco como haya sido pintado cualquier fantasma alguna vez, y me dijo que se enfrentaba al caso más terrible y que deseaba que yo lo aconsejara, pues no podía perder ni una hora en actuar según mi consejo.

—¿Se trata de algo de negocios, señor Frank? —pregunté, interrumpiéndole en el momento en que empezaba a ponerse sentimental—. ¿Sí o no, señor Frank?

Y di unos golpecitos sobre el escritorio con mi cortapapeles para que fuera al grano.

—Mi querido amigo —siempre se mostraba familiar conmigo—, es un asunto de negocios, por supuesto; pero la amistad...

Me vi obligado a interrumpirle de nuevo y a interrogarle como si estuviera en el estrado de los testigos, o me hubiera tenido hablando medio día sin ninguna finalidad.

—Bien, señor Frank —dije—, no puedo mezclar ningún sentimentalismo con los negocios. Por favor, deje de hablar y permita que yo le haga las preguntas. Responda con las palabras más claras y concisas que pueda emplear. Asienta con la cabeza cuando esto valga lo mismo que cualquier palabra.

Le miré fijamente a los ojos durante tres segundos, mientras permanecía gruñendo y retorciéndose en su silla. Cuando conseguí calmarle de este modo, di otro golpecito con mi cortapapeles sobre el escritorio para sobresaltarle un poco. Luego continué.

—Por lo que ha estado diciendo hasta ahora —indiqué—, ¿presumo que se halla usted en una dificultad que es probable que interfiera seriamente con su matrimonio del miércoles? —Asintió, y le interrumpí de nuevo antes de que pudiera pronunciar ninguna palabra—. ¿El asunto afecta a la joven dama con la que va a casarse y se remonta al período de una cierta transacción efectuada por su difunto padre hace algunos años? —Asintió, y corté una vez más su intento de hablar—. ¿Hay alguien que ha dado señales de vida tras leer el anuncio de su matrimonio en el periódico, que sabe algo que no debería saber, y que está dispuesto a usar este conocimiento en perjuicio de la joven dama y de su matrimonio, a menos que reciba una suma de dinero para callar la boca? Muy bien. Ahora, antes que nada, señor Frank, cuente lo que le ha dicho la propia joven dama acerca de la transacción de su difunto padre. ¿Cómo ha llegado a enterarse usted de ello?

—Me estaba hablando un día de su padre, muy tierna y cariñosamente, y eso despertó mi interés hacia él —empezó el señor Frank—, y le pregunté, entre otras cosas, qué había ocasionado su muerte. Dijo que creía que la causa había sido sobre todo la angustia mental; y añadió que esa angustia estaba relacionada con un terrible secreto, que ella y su madre habían mantenido oculto a todo el mundo, pero que no podía ocultármelo a mí, porque estaba decidida a iniciar su vida matrimonial sin tener secretos con su esposo.

Aquí el señor Frank empezó a ponerse sentimental de nuevo, y le interrumpí en

seco una vez más con unos golpecitos del cortapapeles.

—Me dijo —prosiguió el señor Frank— que el gran error que su padre había cometido en la vida había sido licenciarse del ejército y montar el negocio de vinos. No tenía talento para los negocios; las cosas le fueron mal desde un principio. Albergaba grandes sospechas de que uno de sus empleados le estafaba...

—Alto un momento —dije—. ¿Cómo se llamaba ese empleado sospechoso?

—Davager —indicó.

—Davager —repetí, y tomé nota del nombre—. Siga, señor Frank.

—Sus asuntos se complicaron cada vez más —prosiguió el señor Frank—. Tenía problemas de dinero por todas partes; la bancarrota, y con ella el deshonor (tal como él lo veía), le miraban directamente a la cara. Su mente se vio tan afectada por todos estos problemas que tanto su esposa como su hija, hacia el final, apenas podían considerarlo responsable de sus actos. En este estado de desesperación y miseria, él... —y aquí el señor Frank empezó a vacilar.

En el mundo legal tenemos dos métodos de extraer información clara y precisa de un cliente o un testigo reacio. Lo asustamos o le gastamos una broma. Con el señor Frank empleé la segunda opción.

—¡Ah! —exclamé—. Ya sé lo que hizo. Tenía que firmar un documento; y cometió el error más natural del mundo, firmó con el nombre de otro caballero en vez de con el suyo, ¿no?

—Era una letra de cambio —confirmó el señor Frank, con aspecto hundido, en vez de reírse de la broma—. Su principal acreedor no quería aguardar hasta que reuniera el dinero, o la mayor parte de él. Pero él estaba decidido, si lo vendía todo, a conseguir la cantidad y pagar...

—¡Por supuesto! —exclamé—. Olvídelo. La falsificación fue descubierta. ¿Cuándo?

—Antes incluso de que se hiciera el primer intento de negociar la letra. Lo había hecho todo de la manera más absurda e inocente. La persona cuyo nombre usó era un buen amigo suyo y familia de su esposa: un buen hombre, además de rico. Tenía influencia con el principal acreedor y la usó noblemente. Sentía auténtico aprecio por la esposa del desgraciado hombre y lo demostró con generosidad.

—Vayamos al grano —dije—. ¿Qué es lo que hizo? En términos comerciales, ¿qué es lo que hizo?

—Echó la letra falsa al fuego, firmó él otra para reemplazarla, y luego, sólo entonces, les dijo a mi amor y a su madre lo que había ocurrido. ¿Puede imaginar usted algo más noble?

—¡Hablando profesionalmente, no puedo imaginar nada más ingenuo! —respondí—. ¿Dónde estaba el padre? Fuera, supongo.

—Enfermo en la cama —dijo el señor Frank, enrojeciendo—. Pero reunió las fuerzas suficientes para escribir una carta contrita y agradecida aquel mismo día, prometiendo demostrar ser digno de la noble moderación y bondad con la que había sido tratado, vendiendo todo lo que poseía para pagar el dinero debido. Lo vendió todo, incluso algunos viejos cuadros familiares recibidos en herencia; incluso la poca plata que tenía; incluso las mesas y sillas que amueblaban su sala de estar. Pagó hasta el último penique de su deuda; y el mundo se abrió de nuevo para él, con las amables promesas de ayuda del generoso hombre que le había perdonado. Pero

era demasiado tarde. Su crimen de un momento de obcecación, pese a haberlo expiado, se apoderó de su mente. Se vio poseído por la idea de que se había rebajado incluso en la estimación de su esposa y de su hija y...

—Murió —interrumpí—. Sí, sí, ya sabemos esto. Volvamos por un momento a la carta de contrición y agradecimiento que escribió. Mi experiencia en leyes, señor Frank, me ha convencido de que si todo el mundo quemara las cartas de todo el mundo, habría que cerrar la mitad de los tribunales de justicia de este país. ¿Sabe usted si la carta de la que estamos hablando contenía algo parecido a un reconocimiento o confesión de la falsificación?

—Por supuesto que sí —admitió—. ¿Cómo puede alguien expresar como corresponde su contrición sin hacer ninguna confesión de este tipo?

—Muy fácilmente, si fuera abogado —respondí—. Pero eso no importa ahora; voy a hacer una suposición, una suposición sin fundamento, supongo. ¿Estaría equivocado si pensara que esta carta fue robada y que los dedos del señor Davager, de sospechosa celebridad comercial, pudieran ser los dedos que la tomaron?

Aguardé.

—Eso es exactamente lo que intentaba hacerle entender —exclamó el señor Frank.

—¿Cómo le fue comunicado a usted este interesante hecho?

—No se atrevió a presentarse ante mí. El bribón tuvo la audacia de...

—¡Aja! —exclamé—. ¡La propia dama en persona! Un auténtico profesional, el señor Davager.

—A primera hora de esta mañana, cuando caminaba sola por entre los arbustos —prosiguió el señor Frank—, tuvo el atrevimiento de acercarse a ella y decirle que había estado esperando la oportunidad de tener una entrevista privada desde hacía varios días. Entonces le mostró, realmente le mostró, la desafortunada carta de su padre; puso entre sus manos otra carta dirigida a mí; hizo una inclinación de cabeza y se alejó, ¡dejándola medio muerta de asombro y terror!

—Es una suerte que no estuviera usted allí en aquellos momentos —observé—. ¿Tiene esa otra carta?

Me la tendió. Era tan extremadamente corta e irónica que recuerdo todas sus palabras incluso después de todo este tiempo. Decía:

Al Sr. D. Francis Gatliffe — Señor: Tengo en venta una carta autografiada extremadamente curiosa. El precio es de quinientas libras. La joven dama con la que va a casarse usted el miércoles le informará de la naturaleza de esa carta y de lo genuino de su firma. Si se niega usted a tratar conmigo, enviaré una copia al periódico local y visitaré a su altamente respetado padre, con el original de esa curiosidad, la tarde del próximo martes. Puesto que he acudido aquí por asuntos de la familia, me he alojado en el hotel de la familia: sabrá de mí en el Gatliffe Arms. Su muy seguro servidor,

Alfred Davager

—Un tipo listo, eso es lo que es —murmuré, mientras guardaba la carta en mi

cajón privado.

—¡Listo! —exclamó el señor Frank—. Deberían azotarlo hasta arrancarle el último suspiro de vida. Lo hubiera hecho yo mismo, pero ella me hizo prometer, antes de hablarme del asunto, que acudiría directamente a usted.

—Ésa es una de las promesas más juiciosas que haya hecho usted nunca —admití—. No podemos permitirnos intimidar a este sujeto, hagamos lo que hagamos con él. No creo que diga nada inconveniente en contra de su excelente padre si afirmo que si se entera de la existencia de la carta insistirá sin lugar a dudas en aplazar el matrimonio, como mínimo.

—A juzgar por lo que opina mi padre de mi matrimonio, estoy seguro de que insistirá en anularlo, si ve la carta —gruñó el señor Frank—. Pero incluso eso no es lo peor. La noble y generosa muchacha dice que si la carta aparece en el periódico, con todos los irrefutables comentarios que este facineroso añadirá sin duda, prefiere morir antes que obligarme a mantener mi compromiso, aunque mi padre me diera su consentimiento.

Era un joven débil y ridículamente enamorado de ella. Lo traje de vuelta al asunto con otros golpecitos del cortapapeles.

—Ya basta, señor Frank —dije—. Tengo una o dos preguntas más. ¿Pensó en preguntarle a la joven dama si, por todo lo que recuerda, esta carta infernal es la única prueba escrita existente en la actualidad de la falsificación?

—Sí, pensé en preguntárselo de una forma directa —respondió—, y me dijo que estaba completamente segura de que no existía ninguna prueba escrita de la falsificación excepto esta carta.

—¿Piensa pagarle al señor Davager lo que pide? —quise saber.

—Sí —admitió el señor Frank, tan rápido como el rayo.

—Señor Frank —indiqué—, ha venido aquí en busca de mi ayuda y mi consejo en este asunto extremadamente delicado, y está dispuesto, por todo lo que sé, a remunerarme sin preguntar por todos mis servicios según las tarifas profesionales. He decidido actuar osadamente, desesperadamente si lo prefiere, basándome en el principio del todo o nada, en este asunto. He aquí mi proposición: voy a intentar arrebatarle al señor Davager esa carta. Si no tengo éxito antes de mañana por la tarde, le entregará usted el dinero, y yo no le cobraré nada por mis servicios profesionales. Si tengo éxito, seré yo en lugar del señor Davager quien le entregue la carta; y usted me entregará el dinero, en vez de entregárselo a él. Es un riesgo apreciable para mí, pero estoy dispuesto a correrlo. Usted pagará sus quinientas libras en cualquier caso. ¿Qué dice de mi plan? ¿Sí o no, señor Frank?

—¡Al diablo con sus preguntas! —exclamó el señor Frank, al tiempo que se ponía en pie—. Sabe usted que es diez mil veces sí. Simplemente gánese su dinero y...

—Y usted se sentirá muy contento de entregármelo. Muy bien. Ahora váyase a casa. Consuele a la joven dama, no deje que el señor Davager les vea, manténgase tranquilo, déjelo todo en mis manos, y esté seguro de que ni todas las cartas del mundo podrán impedir que se case usted el miércoles.

Con estas palabras le acompañé fuera de mi oficina; porque deseaba estar a solas para planear lo que tenía que hacer.

Lo primero, por supuesto, era echarle una mirada al enemigo. Escribí al señor

Davager, diciéndole que había sido encargado privadamente de arreglar el pequeño asunto entre él y «la otra parte» (¡sin nombres!) en términos amistosos; y le supliqué que acudiera a verme tan pronto como le fuera posible. Desde el principio del caso, el señor Davager me preocupó. Su respuesta era que no podría verme hasta las seis o las siete de la tarde. De esta forma, entiendan, me obligaba a perder varias horas preciosas en unos momentos en que casi los minutos eran importantes. No me quedaba más remedio que ser paciente y dar varias instrucciones, antes de que llegara el señor Davager, a mi chico de los recados, Tom.

Nunca ha habido un chico de catorce años más listo antes, y nunca volverá a haberlo, que mi Tom. Un espía para que siguiera al señor Davager era, por supuesto, el primer requisito en un caso de ese tipo; y Tom era la más pequeña, rápida, silenciosa, astuta y furtiva serpiente que jamás hubiera seguido los pasos de alguien manteniéndose lejos de sus ojos. Acordé con el muchacho que no iba a dejarse ver cuando llegara el señor Davager; y que aguardaría a que yo hiciera sonar la campanilla, cuando el señor Davager se fuera. Si la hacía sonar dos veces, tenía que acompañar al caballero hasta la puerta. Si sólo la hacía sonar una vez, tenía que mantenerse fuera de su camino y seguirle allá donde fuera, hasta que volviera a su pensión. Éstos eran los únicos preparativos que podía hacer en principio; estaba obligado a esperar y dejarme guiar por lo que sucediera a continuación.

El caballero se presentó a las siete menos cuarto. En mi profesión siempre nos vemos notablemente mezclados con gente desagradable, deshonesta y sin moral. Pero el señor Alfred Davager era la persona más desagradable, deshonesta y sin moral que jamás haya visto en mi vida. Tenía el pelo canoso y grasiento y la cara llena de pecas. Su frente era estrecha, su estómago ancho, su voz ronca y sus piernas débiles. Olía a alcohol y llevaba un mondadientes en la boca.

—¿Cómo está usted? Yo acabo de cenar —dijo, y encendió un cigarro, se sentó, cruzó las piernas y me hizo un guiño.

Al principio intenté tomarle las medidas hablándole de un modo agradablemente confidencial, pero no sirvió de nada. Le pregunté con rostro falsamente sonriente cómo había conseguido la carta. Como respuesta sólo me dijo que había sido un empleado confidencial de quien la había escrito, y que siempre había sido famoso, desde su infancia, por tener buen ojo para todo lo que representara dinero para él. Le lisonjeé con algunos cumplidos, pero no era de las personas que se dejan halagar. Intenté hacerle perder la calma, pero la mantuvo pese a todos mis esfuerzos. Finalmente empleé mi último recurso: intenté asustarle.

—Antes de que digamos nada sobre el dinero —empecé—, déjeme plantearle un caso, señor Davager. La ascendencia que tiene sobre el señor Francis Gatliffe es que puede obstaculizar usted su matrimonio del próximo miércoles. Ahora supongamos que yo he conseguido una orden del juez para detenerle y que la tengo en mi bolsillo. Supongamos que hay un policía en la habitación de al lado preparado para ejecutar la orden. Supongamos que mañana, el día antes de la boda, le acuso a usted de intento de extorsión, y solicito un día más de prisión preventiva para completar el caso. Supongamos, como forastero sospechoso que es, que no puede conseguir la libertad bajo fianza en esta ciudad. Supongamos...

—Alto un momento —dijo el señor Davager—. Supongamos que no soy el estúpido

más ingenuo que alguna vez haya calzado zapatos. Supongamos que no llevo la carta conmigo. Supongamos que he dado un cierto sobre a un cierto amigo mío en un cierto lugar de esta ciudad. Supongamos que la carta está dentro de ese sobre, dirigido al viejo Gatliffe, junto con una copia de la carta remitida al director del periódico local. Supongamos que mi amigo tiene instrucciones de abrir el sobre y de llevar las cartas a sus direcciones correspondientes si yo no aparezco para reclamárselas a última hora de esta tarde. En pocas palabras, mi querido señor, supongamos que usted nació ayer y supongamos que yo no.

Y el señor Davager me guiñó de nuevo un ojo.

No me tomó por sorpresa, porque nunca esperé que llevara la carta consigo. Fingí sentirme muy impresionado y completamente dispuesto a ceder. Arreglamos el asunto de la entrega de la carta y del dinero en unos minutos. Yo redactaría un documento, que él firmaría. Sabía tanto como yo que el documento era papel mojado, y me dijo que yo lo único que me proponía era hinchar la factura de mi cliente. Pese a lo listo que era, aquí estaba equivocado. El documento no iba a ser redactado para conseguir dinero del señor Frank, sino para ganar tiempo del señor Davager. Me sirvió como excusa para aplazar el pago de las quinientas libras hasta las tres de la tarde del martes. El señor Davager dijo que emplearía el martes por la mañana en divertirse un poco y me preguntó qué lugares valía la pena ver en las inmediaciones. Cuando se lo hube dicho, tiró el mondadientes a la chimenea, bostezó y se fue.

Hice sonar la campanilla una vez; aguardé hasta que hubo salido a la calle y pasado junto a la ventana, y entonces busqué a Tom. Allí estaba la joya de mi muchacho, en el lado opuesto de la calle, jugando con su peonza de la forma más inocente posible. El señor Davager se alejó calle arriba, en dirección al mercado. Tom hizo girar su peonza calle arriba también, en dirección al mercado.

Volvió al cabo de un cuarto de hora, con toda su información reunida de una forma hermosamente clara y compacta. El señor Davager se había dirigido a un pequeño hotel justo en las afueras de la ciudad, junto a la carretera general. En un banco fuera del hotel había un hombre sentado, fumando. Dijo: «¿Todo bien?», y le entregó una carta al señor Davager, que respondió: «Todo bien» y se metió en el hotel. En él pidió ron caliente y agua, cigarros, unas zapatillas, y que se encendiera un fuego en su habitación. Tras lo cual subió las escaleras, y Tom se marchó.

Ahora veía el camino despejado ante mí; no hasta muy lejos, pero despejado. Tenía localizada la carta, al menos probablemente por aquella noche, en el Gatliffe Arms. Tras gratificar a Tom, le di instrucciones de que se pusiera a jugar junto a la puerta del hotel y se reanimara un poco, cuando estuviera cansado, en la pastelería del otro lado de la calle, donde podía comer todo lo que le apeteciera siempre que mantuviera continuamente los ojos clavados en el hotel. Si el señor Davager salía, o si el amigo del señor Davager entraba, Tom tenía que hacérmelo saber. También tenía que llevar una nota a la doncella, que era vieja amiga mía, pidiéndole que acudiera a mi oficina para un asunto particular, tan pronto como acabara su trabajo aquella noche. Una vez dispuesto todo esto, y teniendo media hora libre, me preparé un poco de arenque ahumado en la chimenea, me serví unas gotas de ginebra con agua caliente, y me sentí relativamente feliz.

Cuando llegó la doncella del hotel, resultó, por un golpe de buena suerte, que el señor Davager la había ofendido. Tan pronto le mencioné su pasión, se encendió; y cuando añadí, para remachar el asunto, que yo había sido contratado para defender los intereses de una muy hermosa y honorable joven dama (sin citar ningún nombre, por supuesto) contra la más cruel traición por parte del señor Davager, la doncella estuvo dispuesta a hacer lo que fuera necesario para servir a mi causa, siempre que no la comprometiera. En pocas palabras, descubrí que el botones tenía que despertar al señor Davager a las ocho a la mañana siguiente y que tenía que llevar sus ropas abajo para cepillarlas como era habitual. Si el señor D. no había vaciado sus bolsillos por la noche, arreglamos las cosas de modo que el botones olvidara hacerlo antes de llevarse las ropas exactamente igual a como las había encontrado. Si los bolsillos del señor D. estaban vacíos, entonces, por supuesto, sería necesario transferir el proceso de búsqueda a la habitación del señor D. Bajo cualquier circunstancia podía confiar en la doncella, y bajo cualquier circunstancia ésta podía confiar también en el botones.

Aguardé hasta que volvió Tom, con las mejillas subidas de color y el estómago hinchado, pero con el intelecto más agudo que nunca. Su informe fue sorprendentemente corto y agradable. El hotel estaba cerrando; el señor Davager se había ido a la cama en un estado más bien ebrio; el amigo del señor Davager no había aparecido en ningún momento. Envié a Tom (con las correspondientes instrucciones de mantener vigilado a nuestro hombre toda la mañana siguiente) a su cama improvisada detrás del escritorio de la oficina, donde le oí hipar toda la noche, como ocurre a menudo con los muchachos cuando están sobreexcitados y demasiado llenos de tartas.

A las siete y media de la mañana siguiente me deslicé furtivamente en la habitación auxiliar junto a la cocina que utilizaba el botones. Llegaron las ropas. No había bolsillos en los pantalones. Los bolsillos del chaleco estaban vacíos. Los bolsillos de la chaqueta tenían algo. Primero, un pañuelo; segundo, un puñado de llaves; tercero, una caja de puros; cuarto, una agenda de bolsillo. Por supuesto, no era tan estúpido como para esperar hallar allí la carta; pero abrí la agenda, pese a todo, movido por una cierta curiosidad.

Nada en los dos compartimentos, excepto unos viejos anuncios recortados de periódicos, un mechón de pelo atado con un sucio trozo de cinta, una circular de una sociedad de préstamos y algunas copias de versos impropios para recitar a nadie que no fuera de costumbres más bien libertinas. En las hojas de la agenda, direcciones de gente escritas a lápiz y apuestas anotadas en tinta roja. En una hoja había una única y enigmática inscripción: «rec. 5 largo 4 ancho». Todo era comprensible menos estas palabras y cifras, así que por supuesto las copié en mi bloc de notas. Luego aguardé en el cuarto hasta que el botones hubo cepillado la ropa y la llevó de vuelta arriba. Su informe, cuando bajó de nuevo, fue que el señor D. había preguntado si hacía buena mañana. Cuando se le dijo que sí, pidió el desayuno a las nueve y un caballo ensillado en la puerta a las diez, para llevarle a la abadía de Grimwith, uno de los lugares de interés en las inmediaciones del que le había hablado yo la tarde antes.

—Volveré por la puerta de atrás a las diez y media —le dije a la doncella— sólo

para librarte de la responsabilidad de hacer la cama del señor Davager esta mañana. Quiero alquilar a Sam para toda la mañana. Pon en el libro de pedidos que le quiero junto a mi oficina a las diez.

Sam era un poni, y se me ocurrió que sería beneficiosa para la salud de Tom, después de las tartas, una buena cabalgata sobre una dura silla tomando el aire en dirección a la abadía de Grimwith.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó la doncella.

—Sólo un favor más —dije—. ¿Estorbará mucho mi chico, Tom, si viene aquí desde ahora hasta las diez, para ayudar con las botas y los zapatos y no separarse de esta ventana que da a la escalera?

—No estorbará en absoluto —dijo la doncella.

—Gracias —respondí, y me dirigí directamente de vuelta a mi oficina.

Tras enviar a Tom para ayudar con las botas y los zapatos, revisé todo el caso exactamente tal como estaba en aquel momento. Había tres cosas que podía hacer el señor Davager con la carta. Podía entregársela de nuevo a su amigo antes de las diez, en cuyo caso Tom vería con toda probabilidad a dicho amigo en las escaleras. Podía entregársela a su amigo, o a algún otro amigo, después de la diez, en cuyo caso Tom estaba preparado para seguirle con Sam, el poni. O finalmente podía dejarla escondida en algún lugar en la habitación del hotel, en cuyo caso yo estaba preparado con una orden de registro particular mía, gracias a mi amiga la doncella. Hasta entonces todo estaba firmemente atado y comprometido en mis manos. Sólo dos cosas me preocupaban: el escasísimo tiempo que tenía a mi disposición, en caso de que fracasara en mis primeros intentos de apoderarme de la carta, y la extraña inscripción que había copiado de su agenda.

«rec. 5 largo 4 ancho.» Muy probablemente eran las medidas de algo y temía olvidarlas, de ahí el «rec», algo que había que recordar; en consecuencia, era algo importante. Curioso... ¿Algo sobre sí mismo? Digamos «5» (pulgadas) «largo»: no lleva peluca. Digamos «5» (pies) «largo»: no puede ser una chaqueta, un chaleco, unos pantalones o ropa interior. Digamos «5» (yardas) «largo»: no puede ser nada acerca de él, a menos que lleve alrededor de su cuerpo la cuerda de la que seguro que será colgado un día de estos. Entonces no es algo relativo a él. ¿Qué otra cosa sé que sea importante para él? No conozco nada excepto la carta. ¿Puede estar relacionada con ella la inscripción? Digamos sí. ¿Qué significa entonces «5 largo» y «4 ancho»? ¿Las medidas de algo que lleva consigo? ¿O las medidas de algo en su habitación? Pude llegar satisfactoriamente hasta este punto, pero no logré ir más allá.

Tom volvió a la oficina y me informó de su cabalgata. El amigo no se había presentado. Envié al muchacho, con las instrucciones precisas, a lomos de Sam —escribí una carta al señor Frank para mantenerle tranquilo—; luego me deslicé al hotel por la parte de atrás un poco antes de las diez y media. La doncella me hizo una seña cuando el camino estuvo despejado. Entré en su habitación sin que me viera nadie excepto ella y cerré de inmediato la puerta con llave. El caso, ahora, quedaba muy simplificado. O bien el señor Davager se había llevado consigo la carta, o la había dejado en algún escondite seguro en su habitación. Sospeché que tenía que estar en aquella habitación por una razón que puede que les sorprenda un poco: su baúl, su neceser, todos los cajones y el armario no estaban cerrados con

llave. Conocía a mi hombre, y pensé que este extraordinario descuido por su parte era más bien sospechoso.

El señor Davager había alquilado una de las mejores habitaciones del Gatliffe Arms. Suelo completamente alfombrado, un hermoso papel en las paredes, cama de columnas y, en general, muebles de primera clase. Primero busqué por el método habitual, examinándolo todo de todas las maneras posibles y empleando en ello más de una hora. Nada. Luego tomé una regla de carpintero que había traído conmigo. ¿Había algo en la habitación que —ya fuera en pulgadas, pies o yardas— respondiera a «5 largo» y «4 ancho». Nada. Devolví la regla a mi bolsillo, las mediciones no servían evidentemente para nada. ¿Había algo en la habitación que tuviera una proporción de 5 por un lado y 4 por el otro, prescindiendo de las medidas? Por aquel entonces estaba obstinadamente persuadido de que la carta tenía que estar en la habitación, sobre todo a causa de los trabajos que me había tomado para buscarla. Y, persuadido de esto, se me ocurrió, con la misma obstinación, que «5 largo» y «4 ancho» tenía que ser la clave para hallar la carta, sobre todo porque, tras toda aquella búsqueda y todo aquel pensar, no me quedaba el vestigio de ninguna otra guía a la que agarrarme. «5 largo»: ¿dónde podía contar cinco a lo largo de la habitación, en cualquier parte de ella?

No en el papel de la pared. El dibujo era de columnas de enrejados y flores sobre un fondo verde liso, sólo cuatro columnas a lo largo de la pared y dos a lo ancho. ¿Los muebles? No había cinco sillas, o cinco piezas separadas de ningún mueble en la habitación. ¿Los flecos que colgaban de la cornisa de la cama? ¡Había montones de ellos! Me subí a la cama, con el cortaplumas en la mano. Cada vez que podía contar «5 largo» y «4 ancho» en aquellos malditos flecos hurgaba en ellos, sondeaba con mi cortaplumas, rascaba con las uñas, estrujaba con los dedos. Nada; ninguna señal de una carta; y el tiempo iba pasando. ¡Oh, Señor! Cómo pasó el tiempo aquella mañana en la habitación del señor Davager.

Salté de la cama, tan desesperado por mi mala suerte que apenas me preocupó si alguien me oía o no. Mis pies alzaron una pequeña nubécula de polvo cuando golpearon la alfombra. «¡Vaya! —pensé—, mi amiga la doncella tiene muy descuidado esto. No es el estado en el que debería estar la alfombra en una de las mejores habitaciones del Gatliffe Arms.» ¡La alfombra! Había estado saltando sobre la cama y mirando las paredes, pero no había dirigido ni una sola mirada a la alfombra. ¡Pretendía ser un buen abogado y no sabía mirar lo bastante hacia abajo!

¡La alfombra! En sus tiempos había sido un artículo regio; evidentemente había empezado su historia en un salón, luego había descendido a la cafetería y finalmente había subido a una de las habitaciones. El fondo era pardo, y el dibujo era de manojos de hojas y rosas repartidos a intervalos regulares por todo el suelo. Conté los manojos. Diez a lo largo de la habitación, ocho a lo ancho. Cuando hube caminado cinco en un sentido y cuatro en el otro, y me puse de rodillas sobre el manojo central, tan cierto como ahora me siento en este banco, pude oír mi corazón latir con tanta fuerza que casi rae asustó.

Miré con atención todo el manojo y lo palpé con las yemas de dos dedos: nada. Luego raspé lenta y suavemente con las uñas. La uña del dedo índice se enganchó un poco en un sitio. Tiré del pelo de la alfombra en aquel lugar y vi una delgada raja

que quedaba oculta por el pelo una vez alisado éste, una rendija de un poco más de un centímetro de largo y de la que sobresalía, justo en medio, un hilo de color pardo, exactamente igual al color del fondo de la alfombra, de algo menos de un centímetro de largo. Iba a tirar suavemente del hilo cuando oí unos pasos al otro lado de la puerta.

Era sólo la doncella.

—¿No has terminado todavía? —susurró.

—Dame dos minutos —respondí—, y no dejes que nadie se acerque a la puerta; haz lo que quieras, pero no dejes que nadie me sobresalte de nuevo acercándose a la puerta.

Di un pequeño tirón al hilo y oí el roce de algo. Tiré un poco más, y salió una hoja de papel, apretadamente enrollada como esas cerillas que hacen las señoras para encender las velas. La desenrollé, ¡y por san Jorge, caballeros!, ¡era la carta!

¡La carta original! Lo supe por el color de la tinta. ¡La carta que valía quinientas libras para mí! Tuve que hacer un gran esfuerzo para no lanzar al aire mi sombrero y ponerme a gritar hurras como un poseso. Tuve que buscar una silla y sentarme durante uno o dos minutos antes de poder calmarme lo suficiente, como exigía mi nivel profesional. Me di cuenta de que me había recuperado cuando me descubrí pensando cómo hacer que el señor Davager supiera que al final había sido vencido por el ingenuo abogado rural.

No pasó mucho tiempo antes de que se me ocurriera un pequeño e irritante plan. Arranqué un hoja en blanco de mi bloc de notas, escribí en ella con mi lápiz: «Cambio del billete de quinientas libras», lo enrollé, le até el hilo, lo metí en su escondite, alisé el pelo de la alfombra y —como cualquiera en este lugar adivinará antes de que pueda decírselo— corrí en busca del señor Frank. Este, a su vez, corrió a mostrarle la carta a la joven dama, que primero certificó que era genuina, luego la dejó caer al fuego, y luego tomó la iniciativa por primera vez desde su compromiso matrimonial, lanzando los brazos a Frank alrededor del cuello, besándole con todas sus fuerzas y dejándose llevar entre sus brazos por un ataque de histeria. Eso al menos es lo que me contó el señor Frank; pero no hay ninguna prueba de ello. Sí es una prueba, en cambio, que los vi casarse con mis propios ojos el miércoles; y que, mientras ellos partían en un carruaje tirado por cuatro caballos hacia su luna de miel, yo fui dando un paseo a abrir una cuenta en el Town and County Bank con un pagaré de quinientas libras en el bolsillo.

En cuanto al señor Davager, no puedo decirles nada al respecto, excepto lo que puede derivarse de los rumores, que siempre son una prueba insatisfactoria incluso en boca de un abogado.

Mi chico, Tom, aunque se cayó dos veces de Sam, el poni, nunca soltó las bridas, y mantuvo al hombre a la vista de principio a fin. No tenía nada particular de que informar, excepto de que, al salir en dirección a la abadía, el señor Davager se detuvo en el hotel, habló una o dos palabras con su amigo de la noche anterior y le tendió lo que parecía ser un trozo de papel. Se trataba sin duda de la clave para localizar el hilo que sujetaba la carta, a fin de usarla en caso de accidente. Por lo demás, el señor D. fue de un lado para otro como un turista normal. Tom informó que había desmontado de nuevo frente al hotel hacia las dos. A las dos y media

Librodot

cerré la puerta de mi oficina, clavé una tarjeta debajo del llamador con el aviso: «No estaré en casa hasta mañana» escrito en ella, y me retiré a casa de un amigo a un par de kilómetros de la ciudad para pasar el resto del día.

El señor Davager abandonó el Gatliffe Arms aquella noche con sus mejores ropas puestas y con todo el valioso contenido de su neceser en los bolsillos. No estoy en condiciones de afirmar si llegó a pasar por el formulismo de pedir la cuenta o no; pero puedo atestiguar positivamente que nunca la pagó y que los efectos que dejó abandonados en su habitación no cubrieron su importe. Tras añadir a estos fragmentos de evidencias que él y yo no volvimos a encontrarnos nunca (afortunadamente para mí) desde aquella broma del cambio de las quinientas libras, creo que he cumplido con mi contrato implícito como declarante, con la compañía actual como oyentes y testigos.

Librodot

EL TIRO POR LA CULATA

Del inspector jefe Theakstone, del cuerpo de detectives, al sargento bulmer, del mismo cuerpo.

Londres, 4 de julio de 18...

Sargento Bulmer:

Ésta es para informarle que se desea que colabore usted en un caso de importancia que requerirá toda la atención de un experimentado miembro del cuerpo. El asunto del robo que está investigando actualmente deberá pasarlo al joven que le trae esta carta. Le contará todos los detalles del caso tal como se hallan ahora; le pondrá al corriente de todos sus progresos (si ha hecho alguno) hacia detectar la persona o personas que robaron el dinero; y le dejará que haga todo lo que esté en su mano respecto a este asunto. Suya será ahora la responsabilidad de este caso y suyo todo el mérito de su éxito si consigue solucionarlo.

Esto en cuanto a las órdenes que deseaba comunicarle. Ahora, una confidencia acerca de este nuevo hombre que ocupará su lugar. Se llama Matthew Sharpin; y entre nosotros, sargento, no tengo muy buena opinión de él. No ha servido el tiempo reglamentario en las filas del cuerpo. Usted y yo hemos ascendido paso a paso hasta los lugares que ocupamos ahora; pero, al parecer, a él se le ha dado la oportunidad de ascender de un solo salto, suponiendo que tenga la fuerza suficiente para darlo. Naturalmente, me preguntará usted cómo se obtiene este privilegio. Sólo puedo decirle que entre los altos mandos hay un sorprendente y muy fuerte interés en respaldarlo, cosa que será mejor que no mencionemos ninguno de los dos excepto entre nosotros. Fue pasante de abogado; y mi opinión de él es que es un hombre tan rastrero y de poca confianza como vulgar. Según sus propias palabras —por cierto, olvidé decir que es extremadamente presuntuoso en su opinión sobre sí mismo, casi tanto como vulgar y falso es para los demás—, según sus propias palabras, digo, abandonó voluntariamente su anterior empleo para unirse a nosotros. Lo que creo es que ha conseguido obtener alguna información privada en conexión con los asuntos de uno de los principales clientes de su jefe, lo cual le convierte en una presencia embarazosa para el futuro al mismo tiempo que le proporciona un ascendiente lo bastante grande sobre dicho jefe como para arrinconarle o despedirle. Creo que proporcionarle esta sorprendente oportunidad entre nosotros significa, en palabras llanas, sobornarle en cierto modo para que se mantenga callado. Sea lo que sea, el señor Matthew Sharpin se ocupará del caso que tiene usted ahora entre manos; y si tiene éxito en él, va a meter su fea nariz en nuestro cuerpo, tan seguro como que mañana amanecerá de nuevo. Ya habrá oído hablar usted de todo eso que se escribe últimamente en los periódicos acerca de mejorar la eficiencia del cuerpo de detectives incorporando a uno o dos elementos del cuerpo de la abogacía. Bien, parece que el experimento se está intentando; y el señor Matthew Sharpin es el primer afortunado que ha sido elegido para ello. Veremos cómo se desarrolla

este asunto. Le pongo sobre aviso, sargento, a fin de que no le dé a ese hombre ningún motivo de queja al cuartel general. Muy atentamente,

Francis Theakstone

Del Sr. Matthew Sharpin al inspector jefe Theakstone.
Londres, 5 de julio de 18...

Querido señor:

Favorecido ya con las necesarias instrucciones del sargento Bulmer, le suplico que recuerde ciertas instrucciones que he recibido relacionadas con el informe de mis futuras actuaciones, que he de elaborar para su examen en las oficinas centrales.

El documento en cuestión debe ser dirigido a usted. No sólo ha de ser un informe diario, sino también un informe de hora en hora siempre que las circunstancias lo requieran. Se espera, según tengo entendido, que usted examine muy atentamente esos informes antes de enviarlos a sus superiores. El objeto de este escrito y del examen que haga usted de lo que he escrito es para que me conceda el beneficio, como inexperto que soy, de su consejo, en caso que lo necesite (cosa que espero no sea así) en cualquier punto de mi investigación. Puesto que las extraordinarias circunstancias del caso al que actualmente estoy dedicado hacen imposible que me ausente del lugar donde fue cometido el delito hasta que haya hecho algunos progresos hacia el descubrimiento del ladrón, me veo obligado a no consultarle personalmente. De ahí la necesidad de explicarle por escrito los distintos detalles que quizá se comunicarían mejor verbalmente. Ésta, si no estoy equivocado, es la posición en la cual nos hallamos ahora. Le expongo a continuación mis impresiones sobre el tema, por escrito, a fin de que podamos entendernos claramente desde el principio, y tengo el honor de seguir siendo su más obediente servidor,

Matthew Sharpin

Del inspector jefe Theakstone al Sr. Matthew Sharpin.
Londres, 5 de julio de 18...

Señor:

Empieza usted malgastando tiempo, tinta y papel. Ambos sabíamos perfectamente la posición en la que nos hallamos el uno con respecto al otro cuando le envié a usted con mi carta al sargento Bulmer. No hay la menor necesidad de repetirlo por escrito. Tenga la amabilidad de emplear su pluma, en el futuro, en el asunto que tiene entre manos. Tiene usted ahora tres cuestiones independientes sobre las que debe escribirme. Primero, tiene que redactar un informe de las instrucciones que ha recibido del sargento Bulmer, a fin de mostrarnos que no se le ha escapado nada y que está

completamente al corriente de todas las circunstancias del caso que le ha sido confiado. Segundo, tiene que informarme de lo que se propone hacer. Tercero, tiene que informar de cada centímetro de sus progresos (si es que hace alguno), cada día y, si es necesario, cada hora también. Éste es su deber. En cuanto a mi deber, cuando desee que usted me lo recuerde le escribiré y se lo diré. En el ínterin, atentamente,

Francis Theakstone

Del Sr. Matthew Sharpin al inspector jefe ÉTheakstone.
Londres, 6 de julio de 18...

Señor:

Es usted una persona de edad ya avanzada y, como tal, inclinada por naturaleza a sentirse un poco celosa de los hombres como yo, que se hallan en la plenitud de sus vidas y facultades. Bajo estas circunstancias, es mi deber ser considerado con usted y no dar excesiva importancia a sus pequeñas debilidades. En consecuencia, declino en absoluto sentirme ofendido por el tono de su carta; le concederé todo el beneficio de mi generosidad natural y borraré por completo de mi memoria su hosca comunicación; en pocas palabras, inspector jefe Theakstone, le perdono, y paso al asunto.

Mi primer deber es efectuar un informe completo de las instrucciones que he recibido del sargento Bulmer. Aquí las tiene, según mi versión de ellas.

En el número trece de la calle Rutherford, en el Soho, hay una papelería. Está regentada por un tal señor Yatman. Es un hombre casado, pero no tiene descendencia. Aparte el señor y la señora Yatman, los demás ocupantes de la casa son un inquilino, un joven soltero llamado Jay, que ocupa la habitación delantera del segundo piso, un dependiente, que duerme en uno de los desvanes, y una criada para todo, cuya cama se halla detrás de la cocina. Una vez a la semana acude una asistenta para ayudar a esta criada. Éstas son todas las personas que, en ocasiones normales, tienen acceso al interior de la casa, cosa que pueden hacer siempre que lo deseen.

El señor Yatman lleva varios años en el negocio, que es lo bastante próspero como para permitir una confortable independencia a una persona de su posición. Por desgracia para él, quiso incrementar su prosperidad especulando. Se aventuró osadamente en sus inversiones, la suerte se le puso en contra, y hace poco menos de dos años se encontró pobre de nuevo. Todo lo que pudo salvar del naufragio fue la suma de doscientas libras.

Aunque el señor Yatman hizo todo lo posible por enfrentarse a sus nuevas circunstancias, renunciando a muchos de los lujos y comodidades a los que él y su esposa estaban acostumbrados, le resultó imposible ahorrar ningún dinero de los ingresos de su tienda. El negocio había ido declinando durante los últimos años, a causa de otras empresas del ramo que se anunciaban ofreciendo precios más baratos, lo cual había hecho disminuir la clientela. En consecuencia, hasta la última semana, los únicos ahorros que poseía el señor Yatman consistían en las doscientas libras que habían sido salvadas del naufragio de su fortuna. Esta suma fue colocada como depósito en una sociedad de inversión de reputada solvencia.

Hace ocho días, el señor Yatman y su inquilino, el señor Jay, mantuvieron una conversación sobre el tema de las dificultades comerciales que estaban poniendo trabas al comercio en todas direcciones. El señor Jay (que se gana la vida proporcionando a los periódicos cortas noticias sobre accidentes, delitos y breves informes sobre temas de interés general; lo que en pocas palabras se llama un gacetillero) le dijo a su casero que aquel día había estado en la ciudad y había oído rumores desfavorables sobre el tema de las sociedades de inversión. Los rumores a los que aludía habían llegado ya a oídos del señor Yatman de otras fuentes; y la confirmación por su inquilino tuvo sobre su mente —predispuesta ya a la alarma por la experiencia de sus anteriores pérdidas— el efecto de decidirle a cancelar de inmediato su depósito. Llegó a la sociedad de inversiones a última hora de la tarde, a tiempo para cobrar su dinero antes de que cerrara.

Recibió el depósito en pagarés de la siguiente denominación: uno de cincuenta libras, tres de veinte libras, seis de diez libras y seis de cinco libras. Su objetivo al retirar el dinero de esta forma era tenerlo preparado para depositarlo inmediatamente en pequeños préstamos garantizados entre los pequeños comerciantes de su distrito, algunos de los cuales se hallan en estos momentos muy presionados por las circunstancias. Las inversiones de este tipo le parecían al señor Yatman las más seguras y rentables en las que podía aventurarse.

Trajo el dinero a casa en un sobre en el bolsillo interior de su chaqueta; y pidió a su dependiente, al llegar, que buscara una pequeña caja metálica plana que no había usado desde hacía años y que, recordaba, era exactamente del tamaño adecuado para contener los pagarés. Durante algún tiempo se buscó la caja en vano. El señor Yatman llamó a su esposa para saber si ella tenía alguna idea de dónde estaba. La pregunta fue oída por la criada para todo, que estaba subiendo en aquel momento la bandeja del té, y por el señor Jay, que bajaba las escaleras camino del teatro. Por fin, el dependiente encontró la caja. El señor Yatman colocó los pagarés en ella, la aseguró con un candado y puso la caja en el bolsillo de su chaqueta. Asomaba un poco fuera del bolsillo, lo suficiente para ser vista. El señor Yatman permaneció en el piso superior de su casa durante toda la tarde. No tuvo ninguna visita. A las once se fue a la cama y puso la caja debajo de su almohada.

Cuando él y su esposa despertaron a la mañana siguiente, la caja había desaparecido. El Banco de Inglaterra bloqueó de inmediato el pago de los pagarés; pero desde entonces no se ha tenido ninguna noticia del dinero.

Hasta ahora, las circunstancias del caso están perfectamente claras. Señalan sin duda hacia la conclusión de que el robo debió de ser cometido por alguna persona que vivía en la casa. En consecuencia, las sospechas recaen sobre la criada para todo, sobre el dependiente y sobre el señor Jay. Los dos primeros sabían que el señor Yatman había preguntado por la caja, pero no sabían qué pensaba guardar dentro. Suponían, por supuesto, que se trataba de dinero. Ambos tuvieron oportunidad (la criada, cuando retiró el té, y el dependiente, cuando fue, tras cerrar la tienda, a entregar las llaves a su amo) de ver la caja en el bolsillo del señor Yatman y suponer que tenía intención de llevársela consigo a su dormitorio aquella noche.

El señor Jay, por otra parte, había sabido, por la conversación de aquella tarde sobre el tema de las sociedades de inversión, que su casero tenía un depósito de doscientas libras en una de ellas. También sabía, cuando el señor Yatman se fue, que tenía intención de retirar aquel dinero; y después había oído la búsqueda de la caja metálica cuando bajaba las escaleras. En consecuencia, debió de suponer que el dinero estaba en la casa y que la caja metálica era el receptáculo previsto para contenerlo. Sin embargo, el que tuviera alguna idea del lugar donde el señor Yatman tenía intención de guardarlo durante la noche es imposible, puesto que se marchó antes de que fuera hallada la caja y no regresó hasta que su casero estaba ya en la cama. En consecuencia, si él cometió el robo, tuvo que entrar en el dormitorio por pura especulación.

Hablar del dormitorio me recuerda la necesidad de situarlo dentro de la casa, así como detallar los medios que existen para acceder a él a cualquier hora de la noche. La estancia en cuestión se halla en la habitación de atrás del primer piso. Debido al sempiterno temor de la señora Yatman sobre el tema de los incendios, a quien aterroriza la idea de arder viva en su habitación en caso de accidente si la puerta está cerrada con llave, su esposo se ha acostumbrado a no cerrar nunca la puerta del dormitorio. Tanto él como su esposa, según admiten ellos mismos, duermen profundamente. En consecuencia, el riesgo de ser despertados por cualquier persona que entre en su dormitorio es de lo más remoto. Cualquiera puede entrar en la habitación simplemente girando el pomo; y si se mueve con la cautela habitual, no hay miedo de que despierte a los durmientes del interior. El hecho tiene su importancia. Refuerza nuestra convicción de que el dinero tiene que haber sido tomado por uno de los ocupantes de la casa, porque tiende a demostrar que el robo, en este caso, pudo haber sido cometido por personas desprovistas de la cautela y astucia del ladrón experimentado.

Éstas son las circunstancias tal como me fueron relatadas por el sargento Bulmer cuando fui llamado para descubrir al culpable y, si era posible, recuperar lo robado. Su metódica investigación no pudo descubrir el más pequeño indicio de prueba contra ninguna de las personas sobre las que recaían de forma natural las sospechas. Sus palabras y su comportamiento, al ser informadas del robo, encajaban perfectamente con las palabras y el comportamiento de la gente inocente. El sargento Bulmer tuvo la sensación, desde el principio, de que aquél era un caso para investigar y observar en secreto. Empezó recomendando al señor y a la señora Yatman que adoptaran una actitud de perfecta confianza en la inocencia de las personas que vivían bajo su techo; y luego abrió su campaña dedicándose a seguir las idas y venidas, y descubrir los amigos, costumbres y secretos de la criada para todo.

Tres días y tres noches de esfuerzos por su parte y por la de quienes le ayudaron en sus investigaciones fueron suficientes para convencerle de que no había ninguna causa justificada de sospecha contra la muchacha.

A continuación practicó la misma precaución en relación con el dependiente. Hubo más dificultades e inseguridad en averiguar privadamente cosas de su persona sin su conocimiento, pero los obstáculos

fueron al final superados con un éxito tolerable; y aunque no se obtuvo la misma certeza en este caso que en el de la muchacha, hubo pese a todo buenas razones para creer que el dependiente no tenía nada que ver con el robo de la caja metálica.

Como una consecuencia necesaria de estas investigaciones, las sospechas quedan ahora limitadas al inquilino, el señor Jay. Cuando entregué su carta de presentación al sargento Bulmer, éste había efectuado ya algunas investigaciones respecto al joven. El resultado, hasta ahora, no ha sido en absoluto favorable. Los hábitos del señor Jay son irregulares; frecuenta las tabernas y parece estar familiarizado con una gran cantidad de personajes disolutos; está endeudado con la mayor parte de comercios de los que es cliente; no ha pagado el alquiler del último mes al señor Yatman; ayer por la noche volvió a casa excitado por el alcohol, y la semana pasada fue visto hablando con un corredor de apuestas de boxeo. En pocas palabras, aunque el señor Jay se califica como periodista, en virtud de sus colaboraciones como gacetillero en los periódicos, es un joven de gustos bajos, modales vulgares y malos hábitos. Todavía no se ha descubierto nada en relación con él, lo cual redunda muy poco en su beneficio.

He informado hasta aquí, en sus menores detalles, de todos los particulares que me fueron comunicados por el sargento Bulmer. Creo que no hallará usted ninguna omisión en ninguna parte; y creo que admitirá, aunque sienta prejuicios hacia mí, que nunca se le ha presentado un informe de los hechos tan claro y completo como el que acabo de desarrollar. Mi siguiente deber es contarle lo que me propongo hacer, ahora que el caso ha sido confiado a mis manos.

En primer lugar, es evidentemente asunto mío proseguir con el caso en el punto donde el sargento Bulmer lo dejó. Basándome en ello, considero justificado suponer que no tengo necesidad de preocuparme por la criada para todo y el dependiente. Ambos han de ser considerados a partir de ahora como libres de sospecha. Lo que hay que investigar en secreto es la cuestión de la culpabilidad o inocencia del señor Jay. Antes de que demos los pagarés por perdidos, debemos asegurarnos, si podemos, de que él no sabe nada al respecto.

Éste es el plan que he adoptado, con la total aprobación del señor y la señora Yatman, para descubrir si el señor Jay es o no la persona que ha robado la caja:

Hoy me propongo presentarme en la casa como un joven que busca alojamiento. Me mostrarán la habitación de atrás del segundo piso; y me estableceré en ella esta noche mismo, como una persona procedente del campo que ha venido a Londres en busca de empleo en una tienda u oficina respetables. Así me instalaré al lado de la habitación ocupada por el señor Jay. El tabique que nos separa es simplemente un entablado de madera enyesado. Haré un pequeño agujero en él, cerca de la cornisa, a través del cual podré ver lo que hace el señor Jay en su habitación y oír-todo lo que diga cuando algún amigo acuda a visitarlo. Siempre que esté en casa, me instalaré en mi puesto de observación. Siempre que salga, iré tras él. Empleando este método de vigilancia, creo que puedo llegar a descubrir su secreto —si sabe algo sobre los pagarés perdidos— con una completa

seguridad.

No sé qué pensará usted de mi plan de observación. A mí me parece que reúne los valiosos méritos del atrevimiento y de la simplicidad. Fortalecido por esta convicción, cierro la presente comunicación sintiéndome absolutamente confiado en mi futuro, su obediente servidor,

Matthew Sharpin

Del mismo al mismo.
7 de julio

Señor:

Puesto que no me ha honrado con una respuesta a mi última comunicación, supongo que, pese a sus prejuicios contra mí, le ha producido la favorable impresión que me aventuré a anticipar. Gratificado y alentado más allá de toda medida por la aprobación implícita que su elocuente silencio me transmite, procedo a informarle de los progresos que se han efectuado en el transcurso de las últimas veinticuatro horas.

En la actualidad me hallo confortablemente instalado en la puerta de al lado de la del señor Jay; y me encanta decir que tengo dos agujeros en el tabique medianero, en vez de uno. Mi natural sentido del humor me ha conducido a la perdonable extravagancia de darles a ambos unos nombres adecuados. Al primero lo llamo Mirilla y al segundo Trompetilla. El nombre del primero se explica por sí mismo; el del segundo se refiere a un pequeño tubo de estaño que he insertado en el agujero y cuyo extremo he retorcido de tal modo que forma una trompetilla a la que puedo aplicar el oído cuando estoy en mi puesto de observación. Así, mientras observo al señor Jay por la Mirilla, puedo oír todo lo que pueda decirse en su habitación a través de la Trompetilla.

Mi absoluta sinceridad —una virtud que poseo desde la infancia— me impulsa a reconocer, antes de ir más lejos, que la ingeniosa idea de añadir una Trompetilla a mi Mirilla inicial surgió de la señora Yatman. Esa señora —una dama absolutamente inteligente e instruida, sencilla y sin embargo distinguida en sus modales— ha participado en todos mis pequeños planes con un entusiasmo y una inteligencia que no puedo dejar de alabar. El señor Yatman está tan hundido por su pérdida que es completamente incapaz de ofrecerme ayuda alguna. La señora Yatman, que evidentemente está muy unida a él, sufre la triste condición de su marido de forma casi más aguda que la pérdida del dinero; y se siente estimulada a la acción sobre todo por el deseo de ayudar a sacarle del miserable estado de postración en el cual ha caído.

—El dinero, señor Sharpin —me dijo ayer por la noche, con lágrimas en los ojos—, el dinero puede ganarse de nuevo con una rígida economía y un estricto control del negocio. Es el estado mental de mi esposo lo que me hace sentir tan ansiosa por descubrir al ladrón. Puede que esté equivocada, pero me sentí esperanzada del éxito tan pronto como entró usted en la casa; y creo que, si podemos hallar al miserable que nos robó, usted es el hombre

que lo hará.

Acepté su gratificante cumplido con el mismo espíritu con el que era ofrecido, en la firme creencia de que, más pronto o más tarde, me lo merecería por completo.

Pero volvamos al asunto, es decir, a mi Mirilla y a mi Trompetilla.

He podido disfrutar de algunas horas de tranquila observación del señor Jay. Aunque, en circunstancias normales, raras veces suele estar en casa, según lo dicho por la señora Yatman, ha permanecido en su habitación todo el día, lo cual, como mínimo, es sospechoso. Tengo que informar, además, que se levantó tarde esta mañana (casi siempre una mala señal en un hombre joven) y que perdió una gran cantidad de tiempo, después de levantarse, bostezando y quejándose para sus adentros de dolor de cabeza. Como otros personajes libertinos, comió poco o nada para desayunar. Su siguiente acción fue fumarse una pipa, una sucia pipa de arcilla que un caballero hubiera sentido vergüenza de llevarse a los labios. Cuando hubo terminado de fumar, tomó pluma, tinta y papel y se sentó a escribir con un gruñido, soy incapaz de decir si de remordimiento por haber robado los pagarés o de disgusto por la tarea que tenía delante. Tras escribir unas cuantas líneas (demasiado alejado de mi Mirilla como para darme la oportunidad de leer por encima de su hombro), volvió a su silla y se entretuvo tarareando las melodías de algunas canciones populares. Reconocí My Mary Anne, Bobbirí Around y Oíd Dog Tray, entre otras. Falta saber si no representan señales secretas por las que se comunica con sus cómplices. Después de entretenerse durante algún tiempo con ellas, se levantó y se puso a pasear por la habitación, deteniéndose de tanto en tanto para añadir una frase al papel en su escritorio. Al cabo de poco tiempo fue a una alacena cerrada y la abrió. Agucé, ansioso, la vista, con la esperanza de hacer algún descubrimiento. Le vi coger de forma cuidadosa algo; se volvió..., ¡sólo era una botella de brandy! Tras beber un poco, este depravado tan indolente se tendió de nuevo en la cama, y al cabo de cinco minutos estaba profundamente dormido.

Después de oírle roncar durante al menos dos horas, fui atraído de vuelta a mi Mirilla por una llamada a su puerta. Saltó de la cama y abrió la puerta con una sospechosa agitación. Un chico pequeño, con el rostro muy sucio, entró, dijo: «Por favor, señor, he venido a buscar la copia», se sentó en una silla con los pies a mucha distancia del suelo, ¡y al instante se quedó dormido! El señor Jay dejó escapar una maldición, se enrolló una toalla húmeda alrededor de la cabeza y, sentado de nuevo ante el papel, empezó a escribir tan rápido como sus dedos podían mover la pluma. De vez en cuando mojaba de nuevo la toalla y volvía a enrollársela en la cabeza. Siguió de esta forma durante casi tres horas, luego dobló las hojas escritas, despertó al muchachito y se las entregó con este notable comentario:

—Bien, joven dormilón, aprisa, lárgate. Si ves al gobernador, dile que tenga el dinero preparado para mí cuando vaya a buscarlo.

El muchachito sonrió y desapareció. Me sentí enormemente tentado de seguir al «dormilón» pero, tras reflexionar un poco, consideré más seguro seguir vigilando las actividades del señor Jay.

Al cabo de media hora se puso el sombrero y salió. Por supuesto, me puse

el sombrero y salí también. Cuando bajaba las escaleras, me crucé con la señora Yatman, que subía. La señora ha sido lo bastante amable como para aceptar el efectuar, de acuerdo conmigo, un registro de la habitación del señor Jay mientras él está fuera del camino y yo estoy necesariamente dedicado a la tarea de seguirle. En la ocasión a la que me refiero fue directo a la taberna más cercana y pidió un par de costillas de cordero para cenar. Me senté en el reservado contiguo al suyo y encargué lo mismo. Antes de que llevara un minuto allí, un joven de aspecto y modales altamente sospechosos, sentado en una mesa al otro lado, tomó su jarra de cerveza negra y se reunió con el señor Jay. Fingí estar leyendo el periódico y escuché con atención como correspondía, a través de la partición de madera.

—¿Cómo estás, muchacho? —dijo el joven—. Jack ha estado aquí, preguntando por ti.

—¿Ha dejado algún mensaje? —preguntó el señor Jay.

—Sí —dijo el otro—. Me ha dicho que si te veía te dijera que deseaba verte muy particularmente esta noche; y que irá a visitarte a la calle Rutherford a las siete.

—Muy bien —dijo el señor Jay—. Volveré a tiempo para verle.

Tras esto, el joven de aspecto sospechoso terminó su cerveza y, después de decir que tenía prisa, se despidió de su amigo (¿me equivocaría quizá si le llamara cómplice?) y abandonó la sala.

A las seis y veinticinco —en estos casos es importante señalar con precisión la hora— el señor Jay terminó sus costillas y pagó la cuenta. A los veintiséis minutos y tres cuartos yo terminé las mías y pagué mi cuenta. Diez minutos más tarde estaba en la casa de la calle Rutherford y era recibido en el pasillo por la señora Yatman. El rostro de aquella encantadora mujer mostraba una expresión de melancolía y decepción que me dolió ver.

—Me temo, señora —dije—, que no ha encontrado ningún elemento incriminador en la habitación de su inquilino.

Movió negativamente la cabeza y suspiró. Fue un suave, lánguido y tembloroso suspiro, y por mi vida que me alteró. Por un momento olvidé todo lo demás y ardí de envidia del señor Yatman.

—No desespere, señora —dije, con una insinuante suavidad que pareció impresionarle—. He escuchado una misteriosa conversación, sé de una cita sospechosa, y esta noche espero grandes cosas de mi Mirilla y mi Trompetilla. Por favor, no se alarme, pero creo que estamos al borde de un descubrimiento.

Entonces mi entusiasta devoción a mi trabajo se sobrepuso a mis tiernos sentimientos. La miré, sonreí, asentí con la cabeza..., me fui.

Cuando volví a mi observatorio, encontré al señor Jay digiriendo sus costillas de cordero en un sillón, con la pipa en la boca. Sobre su mesa había dos vasos, una jarra de agua y la botella de brandy. Eran casi las siete. Cuando sonó la hora, la persona descrita como «Jack» entró en la habitación.

Parecía agitado, me siento feliz de decir que parecía violentamente agitado. Una alegre sensación de éxito anticipado me inundó (utilizo una recia expresión) por completo, de la cabeza a los pies. Miré conteniendo el aliento a través de mi Mirilla y observé al visitante —el «Jack» de este delicioso caso—

sentarse, de cara a mí, en el otro lado de la mesa donde estaba sentado el señor Jay. Aparte de las diferencias de expresión que exhibían, aquellos dos recalcitrantes villanos eran tan parecidos en otros aspectos que conducían inmediatamente a uno a la conclusión de que eran hermanos. Jack era el más aseado y mejor vestido de los dos. Admito esto desde un principio. Uno de mis defectos es quizá el llevar la justicia y la imparcialidad a sus límites últimos. No soy un fariseo; allá donde el Vicio tiene su redención, señalo: seamos justos con el Vicio; sí, sí, por todos los medios, seamos justos con el Vicio.

—¿Qué ocurre ahora, Jack? —dijo el señor Jay.

—¿No lo ves en mi cara? —respondió Jack—. Mi querido amigo, los retrasos son peligrosos. Acabemos con el suspense y arriesguémonos pasado mañana.

—¿Tan pronto? —exclamó el señor Jay con aire muy sorprendido—. Bueno, yo estoy preparado, si tú lo estás. Pero digo una cosa, Jack: ¿está dispuesta también La Otra Parte? ¿Estás completamente seguro de eso?

Sonrió mientras hablaba, una terrible sonrisa que dio un fuerte énfasis a aquellas dos palabras: «La Otra Parte». Evidentemente hay un tercer rufián, un malhechor sin nombre implicado en el asunto.

—Ven a vernos mañana —dijo Jack—, y juzga por ti mismo. Ve al Regent's Park a las once de la mañana y búscanos en el recodo que conduce a Avenue Road.

—Estaré ahí —repuso el señor Hay—. Toma un poco de brandy con agua. ¿Por qué te levantas? ¿Ya piensas irte?

—Sí, me voy —dijo Jack—. El hecho es que estoy tan excitado y alterado que no puedo permanecer sentado en ninguna parte durante más de cinco minutos. Por ridículo que pueda parecerte, estoy en un estado perpetuo de agitación nerviosa. Por mi vida que no puedo dejar de temer que seamos descubiertos. Tengo la impresión de que cada hombre que me mira dos veces por la calle es un espía...

Ante aquellas palabras creo que mis piernas estuvieron a punto de ceder. Sólo la fortaleza de mi mente me mantuvo en mi Mirilla; sólo eso, le doy mi palabra de honor.

—¡Tonterías! —exclamó el señor Jay, con toda la seguridad de un veterano en el crimen—. Hemos mantenido el secreto hasta ahora y seguiremos manteniéndolo hasta el final. Toma un poco de brandy con agua y te sentirás tan seguro de esto como yo.

Jack rechazó con firmeza el brandy y el agua, e insistió en marcharse.

—Veré si me distraigo un poco caminando —dijo—. Recuerda, mañana por la mañana, a las once, en el lado de Avenue Road del Regent s Park.

Con estas palabras se marchó. Su endurecido compinche rió sarcásticamente y siguió fumando su sucia pipa de arcilla.

Me senté en el lado de mi cama, temblando realmente de la excitación. Me resultaba claro que no se había efectuado ningún intento todavía de cambiar los pagarés robados; y puedo añadir que el sargento Bulmer era también de la misma opinión cuando dejó el caso en mis manos. ¿Cuál es la conclusión natural a extraer de la conversación que acabo de reflejar? Evidentemente, que los compinches se reúnen mañana para repartirse el dinero robado y

para decidir el medio más seguro de cambiar los pagarés el día siguiente. El señor Jay es, sin lugar a dudas, la cabeza criminal de este asunto y probablemente el que correrá el mayor riesgo, el de cambiar el pagaré de cincuenta libras. En consecuencia, debo seguirle, asistir a la reunión del Regents Park mañana y hacer todo lo posible por escuchar lo que se diga allí. Si se concierta otra reunión para el día siguiente, deberé, por supuesto, ir también. Mientras tanto, necesitaré la ayuda inmediata de dos personas competentes (suponiendo que los malhechores se separen después de su reunión) para seguir a los dos criminales menores. Es justo añadir que, si los tres se retiran juntos, deberé mantener probablemente a mis subordinados en reserva. Siendo por naturaleza ambicioso, deseo, si es posible, reservarme todo el mérito de descubrir por mí mismo este robo.

8 de julio

Tengo que reconocer, agradecido, la rápida llegada de mis dos subordinados, dos hombres, me temo, de habilidades más bien medianas; pero por fortuna yo siempre estaré a su lado para dirigirles.

Mi primera tarea esta mañana fue, necesariamente, impedir posibles errores comunicando al señor y la señora Yatman la presencia de los dos nuevos agentes en la escena. El señor Yatman (entre nosotros, un débil pobre hombre) se limitó a sacudir la cabeza y a gruñir. La señora Yatman (esa mujer superior) me favoreció con una encantadora mirada de inteligencia.

—¡Oh, señor Sharpin! —exclamó—. ¡Cuánto lamento ver a esos dos hombres! El que haya pedido su ayuda hace parecer como si estuviera empezando a tener dudas acerca de su éxito.

Le hice un guiño cómplice (es muy bondadosa en permitirme hacer esto sin ofenderse) y le dije, a mi ingeniosa manera, que estaba cometiendo un ligero error.

—Es precisamente porque estoy seguro de mi éxito, señora, que los he llamado. Estoy decidido a recuperar el dinero no sólo por mí, sino también por el señor Yatman..., y por usted.

Puse una fuerza considerable en estas tres últimas palabras.

—¡Oh, señor Sharpin! —dijo ella de nuevo, y enrojeció intensamente y bajó los ojos.

Iría al fin del mundo con esa mujer, si tan sólo el señor Yatman tuviera la decencia de morirse.

Envié a los dos subordinados a esperar, hasta que los necesitara, en la puerta de Avenue Road del Re-gent's Park. Media hora más tarde seguía sus pasos, tras los talones del señor Jay.

Los dos compinches fueron puntuales a la cita. Enrojezco al registrarlo, pero es necesario señalar que el tercer malhechor, el truhán anónimo de mi informe, o si lo prefiere la misteriosa «Otra Parte» de la conversación entre los dos confabulados es... ¡una mujer! ¡Y lo que es peor, una mujer joven! ¡Y, lo que es más lamentable aún, una mujer hermosa! Me he resistido durante largo tiempo a la creciente convicción de que, allá donde haya un delito en el mundo, siempre es seguro que estará mezclado un representante del sexo

débil. Tras la experiencia de esta mañana, ya no puedo seguir luchando contra la triste conclusión. Renuncio al sexo..., excepto a la señora Yatman, por supuesto.

El hombre llamado «Jack» ofreció su brazo a la mujer. El señor Jay se situó al otro lado. Los tres pasearon lentamente por entre los árboles. Les seguí a una respetable distancia. Mis dos subordinados, a una respetable distancia también, me siguieron a mí.

Me fue por completo imposible, lamento profundamente decirlo, acercarme lo suficiente como para oír su conversación sin correr un peligro demasiado grande de ser descubierto. Sólo pude adivinar por sus gestos y acciones que los tres hablaban con una extraordinaria vehemencia sobre algún tema que les interesaba extremadamente. Tras seguir así durante todo un cuarto de hora, de pronto dieron la vuelta para regresar sobre sus pasos. Mi presencia de ánimo no me falló en esta emergencia. Hice señas a los dos subordinados de que siguieran caminando y se cruzaran con ellos, mientras yo me deslizaba diestramente tras un árbol. Cuando llegaron a mi lado, oí a «Jack» dirigir estas palabras al señor Jay:

—Digamos que mañana por la mañana a las diez y media. Y ven en coche. Será mejor que no nos arriesguemos a tomar uno por este vecindario.

El señor Jay dio una breve respuesta que no pude oír. Regresaron al lugar donde se habían encontrado, se estrecharon allí las manos con una audaz cordialidad que me puso enfermo. Luego se separaron. Seguí al señor Jay. Mis subordinados prestaron la misma delicada atención a los otros dos.

En vez de volver a la calle Rutherford, el señor Jay me llevó al Strand. Se detuvo en una destartalada casa de aspecto poco recomendable que, según el cartel que había sobre la puerta, era la oficina de un periódico, pero que a mi juicio tenía toda la apariencia de un lugar destinado a la recepción de artículos robados. Tras permanecer dentro algunos minutos, salió de nuevo, silbando, con el índice y el pulgar metidos en el bolsillo del chaleco. Algunos hombres le hubieran arrestado allí mismo. Recordé la necesidad de atrapar a sus dos cómplices y la importancia de no interferir en la cita que se había establecido para el día siguiente. Una frialdad así, bajo tan tensas circunstancias, se encuentra raras veces, imagino, en un joven principiante cuya reputación como detective de la policía todavía está por ganar.

El señor Jay se dirigió de la casa de sospechoso a una cafetería y leyó unas revistas mientras fumaba un cigarro. Me senté en una mesa cerca de él y leí también unas revistas fumándome un cigarro. De allí fue a la taberna y se tomó sus costillas. Yo entré en la taberna y me tomé mis costillas. Cuando hubo terminado, volvió a su alojamiento. Cuando hube terminado, volví al mío. Tenía sueño a primera hora de la noche y se fue a la cama. Tan pronto como le oí roncar, me sentí invadido por el sueño y me fui a la cama también.

A primera hora de la mañana siguiente llegaron mis subordinados a darme su informe. Habían visto al hombre llamado «Jack» separarse de la mujer en la puerta de una villa-residencia de aspecto respetable, no lejos del Regent's Park. Y, ya solo, dobló a la derecha hacia una especie de calle suburbana ocupada principalmente por tenderos. Se detuvo a la puerta de una de las casas y entró con su propia llave, mirando a su alrededor

mientras abría la puerta y observando con suspicacia a mis hombres, que disimulaban al otro lado de la calle. Aquello era todo lo que mis subordinados tenían que comunicarme. Les dije que se quedaran en mi habitación para ayudarme si era necesario y subí a mi Mirilla para echarle una ojeada al señor Jay.

Estaba ocupado vistiéndose y se tomaba mucho trabajo en eliminar todas las huellas de desaliño en su aspecto. Esto era precisamente lo que yo esperaba. Un vagabundo como el señor Jay conoce la importancia de aparentar respetabilidad cuando va a correr el riesgo de cambiar un pagaré robado. A las diez y cinco había dado el último golpe de cepillo a su ajado sombrero y limpiaba con miga de pan sus sucios guantes. A las diez y diez estaba en la calle, camino de la primera parada de coches, conmigo y mis subordinados pegados a sus talones.

Tomó un coche, y nosotros tomamos un coche. No le había oído nombrar el lugar del encuentro cuando los seguí en el parque el día anterior, pero pronto descubrí que nos dirigíamos hacia la antigua dirección de la puerta de Avenue Road. El coche del señor Jay entró lentamente en el parque. Nosotros nos detuvimos fuera para evitar despertar sospechas. Salí para seguirle a pie. Justo cuando lo hacía, le vi detenerse y detecté a los otros dos compinches acercarse a él por entre los árboles. Subieron, y el coche dio la vuelta. Regresé corriendo al nuestro y le dije al conductor que lo dejara pasar y que luego lo siguiera como antes.

El hombre obedeció mis indicaciones, pero tan torpemente que despertó sus sospechas. Llevábamos tres minutos tras ellos (regresando por el mismo camino por el que habíamos venido) cuando miré por la ventanilla para ver si iban muy por delante de nosotros. Al hacerlo vi dos sombreros asomados por las ventanillas de su vehículo y dos rostros que me miraban. Me hundí en mi asiento con un sudor frío; la expresión es poco afortunada, pero ninguna otra palabra puede describir lo que sentí en aquel tenso momento.

—¡Hemos sido descubiertos! —exclamé débilmente a mis dos subordinados. Me miraron asombrados. Mis sentimientos cambiaron al instante de las profundidades de la desesperación a la cima de la indignación—. Es culpa del cochero. Uno de vosotros —dije con dignidad—, salid y dadle un golpe en la cabeza.

En vez de seguir mis indicaciones (espero que este acto de desobediencia sea informado al cuartel general), ambos miraron por la ventanilla. Antes de que pudiera echarlos de nuevo hacia atrás lo hicieron ellos por sí mismos. Antes de que pudiera expresar mi justa indignación, ambos sonrieron y uno de ellos me dijo:

—Por favor, mire fuera, señor.

Miré fuera. Su coche se había detenido. ¿Dónde? ¡A la puerta de una iglesia!

Ignoro qué efecto puede llegar a tener un descubrimiento así sobre la gente ordinaria. Siendo como soy, muy religioso, me llenó de horror. A menudo he leído acerca de la astucia carente de principios de algunas personas criminales; ¡pero nunca antes había oído de tres ladrones intentando eludir a sus perseguidores entrando en una iglesia! La sacrilega audacia de este acto, debo decirlo, no tiene paralelo en los anales del crimen.

Respondí a mis sonrientes subordinados con un fruncimiento de cejas. Era fácil ver lo que estaba pasando por sus mentes superficiales. Si no hubiera sido capaz de ver debajo de su superñcie, observando a dos hombres acicaladamente vestidos y a una mujer acicaladamente vestida entrar en una iglesia antes de las once de la mañana un día laborable, hubiera podido llegar a la misma apresurada conclusión a la que habían llegado evidentemente mis inferiores. Pero las apariencias no tiene poder sobre mí. Salí y, seguido por uno de mis hombres, entré en la iglesia. Envié al otro hombre a vigilar la entrada de la sacristía. Uno puede sorprender a una comadreja dormida..., ¡pero no a su humilde servidor, Matthew Sharpin!

Subimos las escaleras de la entrada, nos desviamos hacia el altillo del órgano y miramos por las cortinas delanteras. Allí estaban, los tres, sentados en un banco allí abajo..., ¡sí, por increíble que pueda parecer, sentados en un banco allí abajo!

Antes de que pudiera decidir qué hacer, apareció por la puerta de la sacristía un cura vestido para la misa, seguido de un monaguillo. Mi cerebro dio vueltas y sentí que se me nublaba la vita. Oscuros recuerdos de robos cometidos en sacristías flotaron por mi mente. Temblé por el buen pastor con todos sus hábitos, temblé incluso por el monaguillo.

El sacerdote se situó tras la barandilla del altar. Los tres malhechores se le aproximaron. Abrió su libro y empezó a leer. ¿Qué?, se preguntará usted.

Responderé sin la más ligera vacilación: las primeras líneas de la ceremonia del matrimonio.

Mi subordinado tuvo la audacia de mirarme y luego cubrirse la boca con el pañuelo que sacó de su bolsillo. Desdeñé prestarle la menor atención. Después de que mis propios ojos me hubieran convencido de que había una licencia de matrimonio en la mano del sacerdote y de que, en consecuencia, era inútil avanzar y prohibir el matrimonio, después de haber visto esto, y después de descubrir que el hombre «Jack» era el novio, y que el hombre Jay actuaba como padrino y entregaba a la novia, abandoné la iglesia, seguido por mi hombre, y me uní al otro subordinado fuera de la puerta de la sacristía. Algunas personas en mi posición se

hubieran sentido más bien humilladas y hubieran empezado a pensar que habían cometido un error muy estúpido. Ninguno de estos sentimientos me turbó. No me sentí despreciado en lo más mínimo en mi propia estimación. E incluso ahora, tras un lapso de tres horas, mi mente sigue, me siento orgulloso de decirlo, en la misma calmada y esperanzada condición.

Tan pronto como yo y mis subordinados nos hubimos reunido fuera de la iglesia, comuniqué mi intención de seguir al otro coche, pese a lo que había ocurrido. Mis razones para decidir esto se harán evidentes ahora mismo. Los dos subordinados parecieron asombrarse de mi resolución. Uno de ellos cometió la impertinencia de decirme:

—Disculpe, señor, pero ¿detrás de quién vamos? ¿De un hombre que ha robado dinero, o de un hombre que ha raptado una esposa?

El otro se echó a reír. Ambos se han hecho merecedores de una reprimenda oficial; y ambos, confío sinceramente, la recibirán.

Cuando la ceremonia matrimonial hubo terminado, los tres volvieron a subir a su coche; y, una vez más, nuestro vehículo (convenientemente oculto al otro lado de la esquina de la iglesia, a fin de que no sospecharan) empezó a seguirles de nuevo. Lo hicimos hasta la estación término del Ferrocarril del Suroeste. La pareja de recién casados compró billetes para Richmond, pagando con medio soberano y privándome así del placer de arrestarlos, cosa que hubiera hecho a buen seguro si hubieran ofrecido un pagaré. Se separaron del señor Jay diciendo: «Recuerda la dirección, el 14 de Babylon Terrace. Cenarás con nosotros dentro de una semana»; el señor Jay aceptó la invitación y añadió jocosamente que iba a volver de inmediato a casa para librarse de aquellas ropas limpias y volver a ponerse cómodo y sucio para el resto del día. Tengo que informar que volvió a casa sin incidentes, y que en estos momentos está cómodo y sucio de nuevo, según su propio e ignominioso lenguaje.

Aquí se detiene el asunto, tras llegar a lo que puedo denominar el final de su primer estadio. Sé muy bien lo que las personas de juicio rápido se sentirán inclinadas a pensar de mi actuación hasta el momento. Afirmarán que me he estado engañando todo el tiempo de la forma más absurda; declararán que las sospechosas conversaciones de las que he informado se referían únicamente a las dificultades y peligros de celebrar una boda sin el consentimiento familiar; y acudirán a la escena de la iglesia como prueba innegable de lo correcto de sus suposiciones. Bien, que así sea. Yo no discuto nada hasta este punto. Pero hago una pregunta, surgida de las profundidades de mi propia sagacidad como hombre de mundo, que creo que mis enemigos no hallarán fácil de responder. Dando por cierto el hecho del matrimonio, ¿qué prueba me proporciona de la inocencia de las tres personas implicadas en esta transacción clandestina? No me proporciona ninguna. Al contrario, fortalece mis sospechas contra el señor Jay y sus secuaces, porque sugiere otro motivo para su robo del dinero.

Librodot

Un caballero que va a pasar su luna de miel en Richmond necesita dinero; y un caballero que está endeudado con todos los comercios necesita dinero. ¿Es ésta una injustificable imputación de malos motivos? En nombre de la ultrajada moralidad, lo niego. Esos hombres se han confabulado y han raptado a una mujer. ¿Por qué no se confabularían para robar una caja con dinero? Me baso en la lógica de la rígida Virtud; y desafío a todos los sofismas del Vicio a que me muevan un milímetro de mi posición.

Hablando de virtud, puedo añadir que he planteado este punto de vista sobre el caso al señor y la señora Yatman. Esa instruida y encantadora mujer halló difícil, al principio, seguir la cadena de mi razonamiento. Me siento libre de confesar que agitó la cabeza y derramó lágrimas y se unió a su esposo en prematuras lamentaciones sobre la pérdida de las doscientas libras. Pero una pequeña y cuidadosa explicación por mi parte, y una atenta escucha por la suya, terminaron cambiando su opinión. Ahora está de acuerdo conmigo en que no hay nada en esta circunstancia inesperada del matrimonio clandestino que tienda en absoluto a desviar las sospechas del señor Jay, o del señor «Jack», o de la dama fugada..., «la audaz desvergonzada» fue el término que empleó mi querida amiga para hablar de ella, pero dejemos esto de lado ahora. Es mucho más oportuno señalar, a fin de que quede constancia, que la señora Yatman no ha perdido confianza en mí y que el señor Yatman promete seguir su ejemplo y hacer todo lo posible por esperar con confianza futuros resultados.

Ahora, dado el nuevo giro que han tomado las circunstancias, solicito consejo de usted. Aguardo nuevas órdenes con toda la compostura de un hombre que tiene dos posibilidades ante sí. Cuando seguí a los tres confabulados desde la puerta de la iglesia hasta la estación término del ferrocarril, tenía dos motivos para hacerlo. En primer lugar, los seguí como un asunto de especulación particular, con la intención de descubrir el lugar de refugio al cual la pareja fugitiva pensaba retirarse y convertir mi información en un bien negociable que ofrecer a la familia y amigos de la joven dama. Así, ocurra lo que ocurra, puedo felicitarme por anticipado de no haber malgastado mi tiempo. Si el cuerpo aprueba mi conducta, tengo un plan preparado para proseguir mi labor. Si el cuerpo no la aprueba, entonces llevaré mi negociable información a la lujosa villa-residencia en las inmediaciones del Regent's Park. En cualquier caso, el asunto llevará dinero a mi bolsillo, y esto dará crédito a mi penetración como un hombre extraordinariamente agudo.

Sólo tengo una palabra más que añadir y es la siguiente: si alguien se aventura a afirmar que el señor Jay y sus compinches son inocentes de toda participación en el robo de la caja de dinero, yo desafío a ese alguien —aunque sea el propio inspector jefe Theakstone— a que me diga quién cometió el robo en la calle Rutherford, Soho.

Seguro de mi convicción, tengo el honor de ser su siempre obediente servidor,

Librodot

Matthew Sharpin

Del inspector jefe Theakstone al sargento BULMER.

Birmingham, 9 de julio

Sargento Bulmer:
Ese títere de cabeza vacía, el señor Matthew Sharpin, ha convertido en un lío el caso de la calle Rutherford, exactamente como esperaba que haría. Unos asuntos me retienen en esta ciudad; así que le escribo para que enderece las cosas. Le adjunto con ésta las páginas de insensateces que él considera un informe. Estúdielas; y cuando haya hecho un poco de luz entre toda esa maraña, pienso que estará de acuerdo conmigo en que ese estúpido de remate ha buscado al ladrón en todas las direcciones menos en la correcta. El caso es perfectamente simple ahora. Soluciónelo de una vez; envíeme su informe a este lugar; y dígale al señor Sharpin que queda relevado hasta nuevo aviso.
Atentamente,

Francis Theakstone

Del sargento Bulmer al inspector jefe Theakstone.
Londres, 10 de julio

Inspector Theakstone:
Su carta y el material que la acompañaba llegaron bien. Los hombres inteligentes, dicen, siempre aprenden algo, incluso de un estúpido. Cuando hube leído el enrevesado informe que reflejaba la estupidez de Sharpin, vi mi camino hasta el final del caso de la calle Rutherford con la suficiente claridad, tal como usted pensó que ocurriría. A la media hora estaba en la casa. La primera persona a la que vi fue al mismo señor Sharpin.
—¿Ha venido usted a ayudarme? —preguntó.
—No exactamente —respondí—. He venido a decirle que queda usted relevado hasta nuevo aviso.
—Muy bien —dijo, sin dar la menor indicación de que había bajado ni siquiera un grado en su propia estimación—. Ya pensé que estaría usted celoso de mí. Es muy natural; y no le culpo por ello. Entre, por favor, y considérese como en su casa. Yo debo salir a hacer algunos trabajos de

Librodot

detective por mi propia cuenta en los alrededores del Regent's Park. ¡Adiós, sargento, hasta luego!

Con estas palabras desapareció de mi vida, lo cual era exactamente lo que quería que hiciera. Tan pronto como la criada para todo hubo cerrado la puerta, le dije que informara a su amo de que deseaba hablar unas palabras con él en privado. Me indicó el saloncito de detrás de la tienda; y allá estaba el señor Yatman, a solas, leyendo el periódico.

—Es acerca de ese asunto del robo, señor —dije.

Me cortó en seco, bastante malhumorado, algo típico en un hombre débil y casi afeminado.

—Sí, sí, lo sé —dijo—. Ha venido a decirme que su maravillosamente inteligente hombre, que ha llenado de agujeros el tabique de mi segundo piso, ha cometido un error y que ha perdido el rastro del bribón que robó mi dinero.

—Sí, señor —dije—. Ésta es una de las cosas que he venido a decirle. Pero tengo algo más que contarle, aparte de esto.

—¿Puede decirme ya quién es el ladrón? —exclamó, más irritado que nunca.

—Sí, señor —respondí—. Creo que puedo.

Dejó el periódico a un lado y adoptó un tono entre ansioso y asustado.

—¿Es mi dependiente? —preguntó—. Espero que no lo sea, por el bien del pobre hombre.

—Inténtelo de nuevo, señor —dije.

—¿Esa tonta perezosa, la criada? —aventuró.

—Es perezosa, señor —respondí—, y también es tonta; mis primeras averiguaciones sobre ella demostraron ambas cosas. Pero no, no es la ladrona.

—Entonces, en nombre del cielo, ¿quién es? —exclamó.

—¿Querrá prepararse para una sorpresa muy desagradable, señor? —dije—. Y en caso de que pierda la compostura, disculpe que le recuerde que soy el más fuerte de los dos y que, si intenta ponerme la mano encima, puedo hacerle daño sin la menor intención, como simple defensa propia.

Se puso más pálido que la ceniza y apartó su silla un metro de mí.

—Me ha pedido usted que le diga, señor, quién le robó su dinero —seguí—. Si insiste en que le dé una respuesta...

—Insisto —murmuró débilmente—. ¿Quién lo tomó?

—Su esposa lo tomó —dije, muy suavemente y al mismo tiempo con mucha seguridad.

Saltó de la silla como si le hubieran clavado un cuchillo y dio un puñetazo sobre la mesa, tan fuerte que la madera crujió.

—Tranquilo, señor —dije—. Dejarse llevar por la pasión no le conducirá a la verdad.

—¡Es una mentira! —exclamó, con otro golpe de puño sobre la mesa—. ¡Una mezquina, vil e infame mentira! ¿Cómo se atreve...?

Se detuvo y se dejó caer de nuevo en la silla, miró a su alrededor como desconcertado y terminó estallando en lágrimas.

—Cuando recupere su sentido común, señor —dije—, estoy seguro de que será lo suficientemente caballero como para disculparse por el lenguaje que acaba de usar. Mientras tanto, escuche por favor, si puede, unas palabras de explicación. El señor Sharpin ha enviado un informe de lo más irregular y ridículo a nuestro inspector; hablando no sólo de las estupideces que él ha hecho y dicho, sino de las cosas que ha hecho y dicho la señora Yatman. En la mayoría de los casos, un documento de este tipo hubiera valido sólo para la papelera; pero, en este caso en particular, ocurre que la acumulación de insensateces del señor Sharpin conduce a una cierta conclusión que el simplón que las ha redactado ha estado muy lejos de sospechar de principio a fin. Estoy tan seguro de esta conclusión que estoy dispuesto a dimitir de mi cargo si no resulta cierto que la señora Yatman ha estado jugando con ese estúpido al tiempo que intentaba protegerse de ser descubierta alentándole a sospechar de las personas equivocadas. Le digo esto confidencialmente, e iré más lejos todavía. Daré una muy plausible opinión respecto a por qué la señora Yatman tomó el dinero y lo que ha hecho con él, o con parte de él. Nadie puede contemplar a esa dama, señor, sin sentirse impresionado por el gran gusto y belleza de sus vestidos...

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, el pobre hombre pareció recuperar sus facultades de habla. Me cortó en seco, tan altivamente como si fuera un duque en lugar del dueño de una papelería.

—Busque algún otro medio de justificar su vil calumnia contra mi esposa —dijo—. La factura de su modista del año pasado está en este momento en mi archivo de cuentas pagadas.

—Disculpe, señor —dije—, pero eso no demuestra nada. Las modistas, debo decírselo, tienen una rastrera costumbre que aparece constantemente en la experiencia diaria de nuestro oficio. Una señora casada que lo desee puede mantener dos cuentas en su modista: una es la cuenta que su esposo ve y paga; la otra es su cuenta privada, que contiene todas sus extravagancias y que la esposa paga en secreto, poco a poco, a medida que puede. Según nuestra experiencia cotidiana, estos pagos suelen salir del dinero que sisan del mantenimiento del hogar. En su caso, sospecho que su señora no hizo los pagos previstos; la amenazaron; y la señora Yatman, conociendo sus problemas económicos, se sintió acorralada y pagó su cuenta privada con el dinero de su caja.

—No creo nada de esto —dijo-—. Todas las palabras que acaba de decir son un abominable insulto a mí y a mi esposa.

—¿Tiene usted el valor suficiente, señor —exclamé, tomando el camino corto para ahorrar tiempo y palabras—, de coger esa factura pagada de la que acaba de hablar y venir conmigo ahora mismo a la tienda de la modista de la que la señora Yatman es cliente?

Librodot

Su rostro se volvió granate ante aquello; tomó en un arrebato la factura y se puso el sombrero. Miré en mi bloc de notas la lista que contenía los números de los pagarés perdidos y abandonamos juntos la casa de inmediato.

Al llegar a la tienda (una de las más caras del WestEnd, como esperaba), pedí una entrevista en privado, para un asunto de importancia, con la dueña. No era la primera vez que ella y yo nos habíamos reunido para el mismo tipo de delicada investigación. En el momento en que me vio hizo llamar a su esposo. Señalé quién era el señor Yatman y lo que deseábamos.

—¿Es esto estrictamente privado? —preguntó el esposo.

Asentí con la cabeza.

—¿Y confidencial? —añadió la esposa.

Asentí de nuevo.

—¿Tienes alguna objeción, querida, en dejar que el sargento vea los libros? —dijo el esposo.

—Ninguna en absoluto, querido, si tú lo apruebas —respondió la esposa.

Todo eso mientras el pobre señor Yatman permanecía sentado, la personificación del asombro y del nerviosismo, completamente mera de lugar en medio de aquella delicada conferencia. Trajeron los libros, y una ojeada a las páginas en las cuales figuraba el nombre de la señora Yatman fue suficiente, y más que suficiente, para demostrar la veracidad de todo lo que yo había dicho.

Allí, en un libro, estaba la cuenta del marido, que el señor Yatman había pagado. Y allí, en el otro, estaba la cuenta privada, pagada también; la fecha de cancelación era del día siguiente al de la pérdida de la caja con el dinero. Esa cuenta privada ascendía a la suma de ciento setenta y cinco libras y algunos chelines; y se extendía a lo largo de un período de tres años. No se había producido en ella ningún pago hasta entonces. Bajo la última línea había una entrada: «Escrito por tercera vez, 23 de junio». Señalé la anotación, pregunté si aquello significaba «el último junio». Sí, significaba el último junio; y lamentaba profundamente tener que decir que había ido acompañada de una amenaza de acciones legales.

—Pensé que daban a los buenos clientes más de tres años de crédito —dije.

La modista miró al señor Yatman y me susurró:

—No cuando el marido de la dama pasa por dificultades económicas.

Señaló la cuenta mientras hablaba. Las entradas después de la época en que las circunstancias empezaron a ir mal para el señor Yatman eran igual de extravagantes, para una persona en la situación de su esposa, que las entradas de los años anteriores a ese período. Si la dama había economizado en otras cosas, ciertamente no lo había hecho en asuntos de vestidos.

No nos quedaba otra cosa que examinar el libro de caja, por puro formulismo. El dinero había sido satisfecho en pagarés, cuyas cantidades y números correspondían exactamente a los que figuraban en mi lista.

Después de eso, pensé que lo mejor era sacar al señor Yatman de la tienda inmediatamente. Estaba en una condición tan lamentable que llamé un coche y le acompañé en él hasta su casa. Al principio lloró y se desesperó como un niño, pero pronto se calmó, y debo decir en su honor que me ofreció las más sinceras disculpas por todo lo que había dicho antes, mientras el coche se detenía delante de su casa. A cambio intenté darle algún consejo acerca de cómo resolver las cosas para el futuro con su esposa. Me prestó muy poca atención y entró en casa murmurando algo acerca de separación. Ignoro si la señora Yatman salió bien o mal parada del asunto. Supongo, sin embargo, que debió de ponerse a chillar histéricamente para asustar así al pobre hombre y obtener su perdón. Pero esto no es asunto nuestro. Por lo que a nosotros respecta, el caso está cerrado; y este informe es su conclusión.

Queda como siempre a sus órdenes,

Thomas Bulmer

P.S.: Debo añadir que, al abandonar la calle Rutherford, encontré al señor Matthew Sharpin que volvía para recoger sus cosas.

—¡Imagine! —me dijo, frotándose con satisfacción las manos—. Fui a la lujosa villa-residencia; y apenas mencioné mi asunto, me echaron directamente a patadas. Tengo dos testigos de la agresión, y eso vale como mínimo cien libras para mí. Como mínimo —repitió.

—Le deseo que disfrute de su suerte —respondí.

—Gracias. ¿Cuándo podré devolverle el cumplido por haber hallado al ladrón?

—Cuando quiera, porque ya lo hemos hallado.

—Exactamente como esperaba —exclamó—. Yo hago todo el trabajo, y ahora me separan de él y reclaman todo el mérito. El señor Jay, por supuesto.

—No —dije.

—¿Quién, entonces? —frunció el ceño.

-Pregúnteselo a la señora Yatman —respondí—. Ella se lo dirá.

—¡De acuerdo! Prefiero oírlo de ella que de usted.

Y se apresuró hacia la casa.

¿Qué piensa usted de esto, inspector Theakstone? ¿Le gustaría estar en el pellejo del señor Sharpin? ¡A mí no, se lo aseguro!

Del inspector jefe Theakstone al Sr. Matthew Sharpin.

12 de julio

Señor:

El sargento Bulmer ya le ha comunicado que debe considerarse relevado del caso hasta nuevo aviso. Ahora tengo la autoridad suficiente para añadir que sus servicios como miembro del cuerpo de detectives han sido rechazados. Le agradeceré que considere esta carta como la notificación oficial de su despido de la policía.

Puedo informarle privadamente que su rechazo no pretende arrojar sombra alguna sobre su persona. Simplemente implica que no es usted lo bastante agudo para nuestros propósitos. Si tuviéramos que reclutar a alguien nuevo, preferiríamos infinitamente a la señora Yatman.

Su seguro senador,

Francis Theakstone

Librodot

Nota sobre la correspondencia anterior

El editor, desgraciadamente, no está en posición de añadir ninguna explicación de importancia a la última de las cartas publicadas del inspector jefe Theakstone. Se ha sabido que el señor Matthew Sharpin abandonó la casa de la calle Rutherford un cuarto de hora después de su entrevista en la calle con el sargento Bulmer, y que su actitud expresaba las más vivas emociones de terror y sorpresa, al tiempo que su mejilla izquierda exhibía una brillante mancha roja, que parecía el resultado de lo que muy popularmente se denomina una torta de campeonato. El tendero de la calle Rutherford le oyó también utilizar una expresión más que chocante en referencia a la señora Yatman; y se le vio agitar el puño vindicativamente mientras doblaba a toda prisa la esquina de la calle. No se ha vuelto a saber nada más de él; y se supone que ha abandonado Londres con la intención de ofrecer sus valiosos servicios a la policía provincial.

Respecto al interesante asunto doméstico del señor y la señora Yatman, todavía se sabe menos. Se ha confirmado positivamente, de todos modos, que el médico de la familia fue llamado a toda prisa aquel día, cuando el señor Yatman regresó de la tienda de la modista. La farmacia del barrio recibió, poco después, una receta de un calmante para la señora Yatman. Al día siguiente, el señor Yatman compró algunas potentes sales en la tienda, y posteriormente se presentó en la biblioteca circulante pidiendo una novela para distraer a una dama inválida. De estas circunstancias puede inferirse que no ha considerado deseable llevar a cabo su amenaza de separarse de su esposa, al menos en la actual (presunta) condición del sensible sistema nervioso de la dama.

Librodot